



*Señora*  
**MILER**

**EVA GONZAY**

SEÑORA MILER  
EVA GONZAY

Copyright © 2021  
Todos los derechos reservados.  
Safe creative: 2106258181145

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de sus autoras. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

# ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18, tres meses más tarde](#)

# Capítulo 1

Aparco y justo cuando estoy a punto de salir del coche comienza a llover.

—Maldita sea—rezongo enfadada.

Otra vez he olvidado meter el paraguas en el coche, y además odio los días lluviosos, me ponen de más mal humor del que suelo tener últimamente.

Apago el motor y me miro en el espejo retrovisor para atusarme un poco el pelo. Me gusta la imagen que veo, a mis cuarenta y tres años puedo decir que estoy estupenda y, aun así, últimamente no me siento bien. Hay algo en mi vida que falla o algo que me falta. Realmente no sé lo qué es y eso me genera una ansiedad y una tensión que me va a provocar alguna arruga nueva.

Tengo una empresa de gestión de cuentas con más de cuarenta personas a mi cargo. Soy una mujer de éxito que podría decir que lo tiene todo, incluso un novio apuesto cuatro años menor que yo que es la envidia de más de alguna arpía. Y a pesar de todo eso me falta algo. Si es que no me merezco lo que tengo, yo quejándome cuando hay gente que se muere de hambre, a veces me doy asco.

Intento ser positiva. Hoy es viernes, esta noche Jorge vendrá a casa, cenaremos y con suerte echaremos un polvo aburrido como siempre, pero al menos tendré un orgasmo.

—Buenos días, señora Miler—gritan golpeando en mi ventanilla.

Me cago en la leche, menudo susto me acaba de dar Gabriel, el conserje del edificio. Ahí está, en pie como una estatua al lado de la puerta sujetando un paraguas enorme para acompañarme a la entrada.

Me bajo y le dedico una sonrisa tan falsa que seguro que piensa que me he puesto botox o alguna mierda de esas que no te dejan estirar los labios. Me pregunto cuánto hace que no sonrío de verdad.

—Buenos días, Gabriel, siempre usted tan servicial—digo de camino a la entrada.

—Siempre es un placer, señora Miler.

Suspiro en modo zen para no soltarle un berrido y hacerle comprender de una puta vez que no soy una señora, no me he casado y por lo tanto sigo siendo una señorita. Sé que lo hace por educación y por respeto, pero no me gusta.

—Que tenga un buen día—me despido antes de coger el ascensor hasta la última planta.

Cuando las puertas se abren ya oigo el barullo desde la otra punta del pasillo. Otra vez me la están liando estas listillas. Se ha formado un cierto grupito entre mis empleadas más jóvenes, de esos en los que cada vez que es el cumpleaños de una, aparece aquí con tres bandejas de pastas y café para todo el mundo.

Hacen un corrillo a la hora del desayuno que siempre se acaba estirando más de la cuenta. ¿Qué se piensan? ¿Qué tienen derecho a que yo les regale el dinero? Miro la hora en el reloj de pulsera que Jorge me regaló, es feo de cojones, pero a él le parece una auténtica belleza y de vez en cuando me lo pongo para darle el gusto. Son las diez menos cuarto y la hora del desayuno termina a las nueve y media.

En cuanto me ven aparecer por la puerta del comedor todas giran la cabeza hacia la pared donde cuelga el reloj como una manada de perras que acaba de encontrar un hueso. Sus caras se descomponen y me miran estupefactas como si la culpa de que las haya pillado encima sea mía.

—Buenos días, señora Miler, ¿le apetece picar algo? Es el cumpleaños de Nuria y ha traído algo para desayunar.

Ahí está, la descarada de Valeria, mi secretaria personal. Es la que ha tomado la voz por todo el grupo. Si no fuera porque es bastante más eficiente que las tres últimas que he tenido y porque además es la hija de uno de mis mejores clientes, la despediría sin dudar.

A veces me siento como Miranda Priestly en *El diablo se viste de Prada*, una auténtica zorra a la que todas sus empleadas temen, todas menos Valeria.

—Ya he desayunado, gracias. ¿Os pensáis que las llamadas y los correos se contestan solos? —berreo echando chispas por los ojos—espero que al final de vuestro turno os quedéis a recuperar el tiempo que habéis perdido. Esto no es el colegio, aquí no se reparten chuches en los cumpleaños, ni en los santos, ni en todo lo que se os ocurra celebrar.

Todas me miran con cara de cordero degollado y van saliendo una a una pasando por mi lado con la cabeza gacha. Algunas pronunciando disculpas en susurros, las que no, seguramente, me maldicen mentalmente.

Ya lo sé, me acabo de comportar como una auténtica zorra sin escrúpulos ni empatía, o al menos eso es lo que me dirá mi psicólogo el lunes cuando acuda a la visita para regalarle cien euros por no ayudarme. Si es que encima

soy gilipollas.

Me siento fatal conmigo misma cuando me comporto así, pero soy incapaz de evitarlo. Las palabras comienzan a salir de mi boca sin ningún tipo de filtro, a veces no sé ni lo que he dicho hasta que termino de hablar y recapacito, pero para entonces ya es tarde.

—Podría haberla felicitado al menos—suelta Valeria al pasar por mi lado.

—¿Cómo dices? —pregunto indignada.

Lo que me faltaba, que ahora venga la mocosa prepotente esta a decirme lo que tengo que hacer.

—Nuria cumplía cincuenta años, eso no pasa todos los días.

—Hay muchas cosas que no pasan todos los días, como que os encuentre a todas en vuestros puestos cuando llego. Haz el favor de ir a tu mesa de una vez y prepararme los informes que te pedí ayer.

—A la orden.

Valeria se da la vuelta muy digna y camina pasillo adelante mientras yo la observo y la maldigo a la vez. Creo que ni siquiera ha cumplido los treinta, pero la cabrona tiene unos ovarios y una seguridad en sí misma que me recuerda a mí con su edad, quizá por eso le permito esa insolencia.

Le doy unos minutos mientras me hago un café en la máquina de cápsulas. Valeria trabaja dentro de mí mismo despacho y cuando entre quiero verla en su mesa concentrada en lo que tiene que hacer.

Doy un sorbo al café y miro lo que queda de las dos bandejas de pastas. La boca se me hace agua, tienen una pinta deliciosa y sin ningún tipo de remordimiento cojo una y me la llevo a la boca.

—Umm, joder, qué rica está.

Me como un par de ellas más, me termino el café y me limpio la boca para borrar cualquier huella que pueda delatar mi pecado.

Cuando entro en el despacho echo un vistazo a la mesa de Valeria, que se encuentra justo en la parte derecha. Teclea algo en el ordenador mientras habla por teléfono a través de los auriculares, pero eso no le impide dedicarme una mirada reprobatoria y cabecear como si pensase algo horrible sobre mí.

Suspiro tratando de calmar mis nervios. Aquí la que manda soy yo y a veces tengo la sensación de que la que tiene el poder es ella. Todavía me pregunto por qué le permito toda esa desfachatez que tiene, he echado a otras por mucho menos.

Valeria cuelga y al sentarme en mi mesa veo que los informes que le he pedido no están.

—¿Todavía no me has preparado los informes? —grazno señalando mi mesa.

—Sí que los tengo, es solo que la impresora se ha atascado y he tenido que imprimirlos de nuevo.

—Ya, claro.

Valeria se pone en pie de forma brusca haciendo que su silla acabe estampándose contra la pared, recoge el fajo de papeles que hay en la impresora, los cuadra sobre su mesa hasta que quedan perfectamente alineados y después se acerca a la mía y los suelta ante mí como si fuesen una bomba.

—O empiezas a comportarte como una mujer adulta y con educación o me veré obligada a despedirte—amenazo recogiendo los papeles.

—Si quiere que los demás mostremos educación y respeto, debería usted predicar con el ejemplo, señora Miler. Quizá mostrar algo de humanidad con sus empleados facilitaría que todo el mundo aquí se sintiese más cómodo y rindiese más. Hay unos cursos muy buenos sobre liderazgo y...

—Mira, Valeria—la interrumpo conteniendo las ganas de despedirla con efecto inmediato—tu trabajo aquí es hacer lo que yo te pido durante las ocho horas de tu jornada, si no te gusta, ahí tienes la puerta.

Valeria no se mueve ni un centímetro, pero me dedica una mirada capaz de congelar un desierto.

—Lo imaginaba, ahora vuelve a tu puesto—le ordeno resoplando.

## Capítulo 2

Por fin llego a casa y me dejo caer en el sofá como si acabase de llegar de correr la maratón de Nueva York. Me siento realmente agotada, es como si llevase una mochila cargada de piedras a todas horas y no pudiese quitármela ni para dormir.

Dentro de un par de horas llegará Jorge, pediremos que nos traigan la comida a casa, sacaré una buena botella de vino y después de charlar un rato, nos iremos a la habitación para echar otro polvo aburrido. No es que me queje, el sexo con Jorge es bueno. Siempre tiene mucho cuidado de asegurarse de que yo acabe retorciéndome entre espasmos con su polla dentro. Pero siempre es lo mismo, él encima, yo debajo, follamos, y cuando nos corremos se da la vuelta y se duerme como un niño pequeño. ¿Qué hay de las noches intensas de sexo salvaje de las que hablan mis amigas? ¿Qué pasa con lo de follar en la cocina? O en el porche, o en el jardín como animales porque hemos tenido un calentón.

Al principio pensaba que era yo, que no lo pongo lo suficiente o que no soy divertida ni espontánea en la cama. Intento hacer cosas diferentes, proponerle algún juego erótico o vestirme con lencería tan sexi como cara, pero lo único que consigo es que se empalme como un animal y me acabe llevando al mismo sitio de siempre; la cama.

Cuando llega cuelga su americana en el respaldo de la silla y la plisa con sumo cuidado. Yo lo observo hacerlo con la misma incredulidad que siempre que viene. No acabo de acostumbrarme a sus manías ni a su obsesión por el orden, es un hombre demasiado mecánico y cuyo funcionamiento aprendes demasiado deprisa. ¿Será eso lo que me aburre?

—He pedido la cena mientras venía de camino, espero que no te importe, estoy muerto de hambre—dice mientras me da un beso casto y se va al baño.

—Claro—digo rascándome el pelo.

Me entran ganas de seguirlo al baño, de pronto me siento ardiente y deseosa de sentirle dentro. Me lo imagino sacándose la polla de los pantalones para orinar y solo puedo pensar en acercarme, masajearla hasta ponerla dura como necesito y pedirle que me folle allí mismo. Mi sexo palpita al pensarlo, pero cuando Jorge ve que me acerco al baño estira una pierna y empuja la puerta para entornarla.

Resoplo resignada y me voy a la cocina para disponer la mesa.

—¿Qué tal te ha ido el día? —me pregunta una vez estamos cenando.

—Otra vez he vuelto a pillar a esas descaradas celebrando un cumpleaños en horas de trabajo, no sé cómo pueden tener tanta cara—reniego de mal humor.

—No seas así, mujer, que haya buen ambiente entre el personal de trabajo es bueno para ti, así rinden más.

—¿Cómo van a rendir más si no están en sus puestos? —berreo dejando el tenedor sobre la mesa.

Lo que me faltaba, como si no tuviese ya bastante con que la lista de Valeria trate de darme lecciones, ahora me viene Jorge y se pone de su lado.

—No te enfades, nena—trata de calmarme.

—No me llames, nena, te lo he dicho mil veces, joder, no lo soporto. Yo no soy la nena de nadie, ni tampoco una señora ni...

—Eh, eh, vale ya, Ingrid—me detiene con las manos en alto—relájate, ¿vale? Yo solo digo que no te vas a morir por darles diez minutos extra.

—Diez minutos extra por siete personas que había allí son setenta. Soy yo la que hace frente a los gastos, ¿sabes?

Dejo de comer y me bebo lo que queda de mi copa de vino de un trago.

—Ponme más, por favor—le pido a Jorge sin apenas mirarlo.

—Está bien, dejemos ese tema—dice mientras me sirve—tengo una sorpresa para ti.

—¿En serio? —pregunto realmente sorprendida.

—Sí.

Jorge se saca algo del bolsillo de su camisa perfectamente planchada y me lo tiende. Es un pequeño sobre, lo cual me alivia porque por un momento he pensado que iba a sacar una cajita con un anillo y ya se me estaban ocurriendo un montón de formas de decirle que se fuese de mi casa y ninguna era agradable.

Abro el sobre y extraigo una tarjeta negra con un logotipo extraño en forma de látigo y las letras *La mazmorra*

escritas debajo. Le doy la vuelta sin comprender qué es y en el dorso veo que es un vale por una sesión en el lugar en cuestión.

—¿La mazmorra? ¿Qué es esto, Jorge? Suena al sótano de castigo de algún castillo.

Jorge sonríe con su dentadura perfecta ante mi cara de póker y da el primer sorbo a su copa de vino.

—Dices que el sexo que tenemos te aburre, ¿no?

—Bueno, no es que me aburra, es que, no sé, me falta algo, Jorge, te lo he dicho mil veces.

—Pues esa tarjeta es ese algo.

—¿Cómo dices?

—Sé que tengo mucha culpa de ese aburrimiento tuyo, yo soy muy simple, me gusta follar siempre del mismo modo porque me siento cómodo y sé que el resultado siempre es bueno, ya sabes, cuando algo funciona para qué cambiarlo, ¿no?

Pongo los ojos en blanco, a veces no sé qué cojones hago con él, en serio.

—Se puede follar de muchas maneras, Jorge—digo con los ojos desorbitados.

—Ya lo sé, nena, quiero decir, Ingrid—se disculpa rápidamente—por eso he contratado esa sesión.

—¿Has contratado una sesión? ¿De qué?

—Entraremos en una sala con una dominatrix de esas.

—¿Qué?! —berreo iracunda—¿tú te has vuelto loco o qué? Yo no voy a hacer ningún trío con nadie.

—Que no es eso, Ingrid, no vamos a follar con ella. En la sesión simplemente nos guiará, nos forzará a conocer nuestros límites y nos dará algún que otro azote, nada más, o eso creo—explica confuso.

Vamos, que el muy gilipollas no tiene ni puta idea de lo que es.

—Es decir—digo poniéndome en pie completamente alucinada por lo que estoy escuchando—que pasas de follarme cada vez que vienes en modo misionero, a querer que una mujer nos pellizque los pezones y te retuerza los huevos mientras nos azota si nos portamos mal, ¿es eso?

Mi puta vida, si es que no me puedo creer que me esté hablando en serio. Jorge ha palidecido en el momento que he hablado de sus preciadas pelotas, esas que nunca quiere que toque porque no se fía de que no le haga daño.

—No es eso, mujer, he pedido una sesión de iniciación, algo suave. Un amigo me habló de ese sitio, me dijo que puedes aprender a estimularte de muchas formas y que reaviva el sexo en las parejas.

—¿Hablas de nuestros polvos de mierda con tus amigos?

Esto es el colmo. Conociendo como son los hombres, seguro que ahora piensan que la sosa soy yo, cuando aquí, el atontado que tengo delante es incapaz de dejarme meterle mano en el sofá porque piensa que el único lugar apropiado para el sexo es una cama.

—Nosotros podemos reavivar el sexo sin ayuda de nadie, bastaría con que te soltases un poco, que eres más soso que chupar el palo de un helado.

—Intento esforzarme, Ingrid. Pensé que te gustaría, pero si te vas a poner así, lo anulo y problema resuelto.

Si hombre, anularlo dice, para una vez que vamos a hacer algo diferente.

—No anules nada, iremos a esa sesión y más vale que te dejes llevar.

—Te lo prometo—dice más relajado.

—Y ahora explícame por qué has escogido a una mujer.

—¿Qué? Bueno, es lo normal, ¿no?

—Lo normal, ¿por qué? Porque tú eres un hombre y pasas de que otro tío te vea la polla, ¿no?

—Joder, Ingrid, cómo estás hoy. Lo hice por ti, pensé que te sentirías más cómoda si quien nos hacía la sesión era una mujer.

Ya, claro, ahora encima se piensa que soy estúpida. Aquí el que se va a sentir cómodo es él, en fin, no voy a discutir más.

—¿Follamos? —pregunta señalando la habitación.

—Si es que eres todo un romántico, sí señor—rezongo fulminándolo.

Estoy cabreada como una mona y tengo ganas de tirarle algo a la cabeza, pero creo que es mejor un polvo soso que acabe en orgasmo que seguir en esta conversación de besugos.

Cuando Jorge me penetra cierro los ojos y trato de imaginarme que no estamos en esta cama, ni yo debajo con las piernas abiertas y él encima bombeándome de forma mecánica. Intento pensar en algo más divertido y excitante, pero entonces me agarro con fuerza a sus nalgas porque me apetece que me folle fuerte y sentirlo bien adentro y él se queja de que soy muy bruta y me corta el rollo completamente.

—Me vas a clavar las uñas, ten cuidado—dice jadeando.

—¿Cuándo es esa sesión? —pregunto dejándome hacer sabiendo que mi orgasmo ya no va a llegar.

—Mañana, mañana por la tarde. ¿Te va bien?

—Perfecto.

—Estoy a punto, Ingrid—dice agónico—venga, relájate, que ya sabes que no me gusta si no te corres conmigo.

Por Dios bendito, esto se tiene que acabar. Más vale que lo de mañana sirva para despertar la chispa de este hombre si es que la tiene, porque si no lo nuestro se ha terminado, ya estoy decidida.

—Ingrid...—dice casi muriéndose mientras trata de contenerse.

Cojo aire y finjo un orgasmo para que se corra de una vez y acabemos con esta farsa. Lo hago tan bien que cuando sale de mi interior me mira con una sonrisa de satisfacción de macho que me gustaría borrarle de una hostia para ver si espabila, pero en lugar de eso me encierro en el baño para darme una ducha.

Echo el pestillo para asegurarme de que no va a entrar y saco la cajita que escondo en el fondo del armario para que él no la encuentre. Cojo el Satisfyer y me meto en la ducha.

Oh, joder, esto sí que es un buen orgasmo.

## Capítulo 3

Cuando entramos en el local en cuestión, Jorge parece muy decidido, pero cuando aparece la que entiendo que debe ser la dueña, con un traje de cuero y una cola alta tan tensa que estoy segura de que no puede cerrar los párpados, mi acompañante pierde toda su seguridad y se coloca a mis espaldas.

De verdad que no me lo puedo creer, pero si la idea de que estemos aquí ha sido suya.

—Hola. Tenemos contratada una sesión—explico sin titubear ni un ápice.

La mujer me mira de arriba abajo y sonrío ante su descaro. Me gusta, quizá esto no haya sido tan mala idea. En cambio, cuando hace lo mismo con Jorge, él carraspea nervioso y coloca una mano en mi espalda como si eso pudiese protegerle de todo mal. A veces me pregunto qué demonios es lo que he visto yo en este hombre.

—¿Me dicen su nombre? —pregunta la mujer.

Yo me giro hacia Jorge porque entiendo que, si la reserva la ha hecho él, estará a su nombre y no es un crío como para que tenga que decirlo yo.

—Di tu nombre—susurra carraspeando.

—¿En serio? —pregunto perpleja.

—Bueno, me daba cosa y...

—Déjalo. La reserva está a nombre de Ingrid Miler—le digo a la mujer.

Casi que prefiero mirarla a ella que al bobo que tengo a mis espaldas.

La mujer pasa un dedo largo con uñas postizas que me erizan la piel por la pantalla como si siguiese una lista y por fin me encuentra.

—Aquí está. Ingrid Miler, sesión de iniciación con Valkiria, ¿verdad?

—Pues no lo sé, ¿es verdad, Jorge? —pregunto girándome hacia él con una ceja levantada.

—Sí, Valkiria, creo—duda el muy capullo, ni que le fuesen a cortar los huevos.

Pongo los ojos en blanco sin poder evitarlo, no es que quiera poner en evidencia a Jorge delante de esta mujer, pero es que todavía no hemos comenzado y solo le falta cagarse en los pantalones, coño.

—Si son tan amables, síganme—nos pide ella mirándome a mí con una sonrisa cómplice—. Valkiria es de las mejores, estoy segura de que acabarán muy satisfechos.

—Pero no nos pegará, ¿no? —pregunta Jorge de repente.

Dios mío que bochorno. No salgo corriendo para no volver nunca más porque estoy muerta de curiosidad, pero me parece que después de esto, al que no pienso volver a ver nunca más es a él.

—No, cariño—contesta ella todo lo seria que puede dada la estupidez que acaba de preguntar este gilipollas—ahí dentro no pasará nada que vosotros no deseéis, además existe una palabra de seguridad, si algo te hace sentir incómodo, solo tienes que decirla y la *domina* se detendrá.

—¿La qué? —pregunta él incrédulo.

—Déjalo ya, Jorge, si sigues así se nos pasará la hora con tus preguntas.

—No os preocupéis—interviene ella—Valkiria os lo explicará todo. Es aquí.

Nos detenemos frente a una puerta de cuero y me entra un escalofrío, aunque no lo percibo como algo desagradable, sino como un aviso de que lo que me espera aquí dentro puede ser justo lo que busco.

La mujer abre la puerta y nos invita a pasar para después cerrarla a nuestras espaldas. Jorge se queda pegado a mí y los dos observamos la sala. No es muy grande y hay muy poca luz en general. En el centro hay una cama de matrimonio de tamaño normal iluminada desde la pared con una bombilla roja. Hay un espejo en el techo, lo cual me parece interesante.

—Mira eso—me dice Jorge asustado.

Dirijo la mirada hacia la izquierda y veo dos enormes cruces de madera en forma de equis con grilletes en cada extremo. También hay una especie de potro cuya utilidad ahora mismo me es imposible imaginar y una estantería con varios juguetes que no alcanzo a ver desde aquí. También hay un sillón en el lado derecho y una puerta en la que no había reparado y que se acaba de abrir.

Una mujer, también vestida con traje de cuero y una máscara negra que le cubre el rostro, aparece y camina hacia nosotros como si se deslizase por el suelo. También lleva una coleta alta que cuelga sobre su hombro derecho

y los labios pintados de un rojo fuego que me hace coger aire.

Cuando se planta ante nosotros se queda completamente quieta observándonos. Reconozco que impone, sobre todo porque acabo de ver que también lleva una fusta en la mano y eso, no sé por qué, me acaba de excitar.

—¿Te puedes quitar la máscara? —le pide Jorge nervioso.

Yo lo miro perpleja pensando que bromea, pero entonces me doy cuenta de que está pálido. Joder, habla en serio.

—Me dan miedo, por favor, quítatela—le pide angustiado.

—Iba a hacerlo de todos modos, porque creo que tenemos un pequeño conflicto—susurra ella llevándose la mano a la máscara.

El músculo de mi corazón se expande y empieza a latir con ferocidad cuando escucho su voz. Sé que la conozco, que la he oído en otra parte, pero antes de que tenga tiempo de conseguir ubicarla, se quita la máscara y me encuentro con Valeria, esa secretaria personal mía que me saca de quicio.

—Valeria—susurro atónita.

—Aquí soy Valkiria y así es como ha de llamarme—amenaza colocando la punta de la fusta en mi garganta.

Otro escalofrío me recorre de arriba abajo y Valeria da un paso hacia mí hasta plantarse a tan solo un palmo de distancia mientras Jorge nos observa sin respirar.

—Entiendo, señora Miler, que esto le puede resultar incómodo dado que nos conocemos. Así que si lo desea puede solicitar que sea otra *domina* la que les haga la sesión, no habrá ningún problema por eso.

—¿Os conocéis? —pregunta Jorge con los ojos desorbitados.

Lo ignoro y me centro en ella. Me está costando mucho creer que Valeria también trabaje de algo así, jamás lo hubiese imaginado, aunque pensando en ese carácter fuerte que tiene, esto le viene como anillo al dedo.

—Quizá sí que sería mejor que nos marchemos—añade Jorge—ya que os conocéis y todo eso.

Menudo capullo, esto le viene que ni pintado, este lo que busca es una excusa para salir de aquí corriendo, pero no seré yo quien se la dé. Además, de nada me sirve pedir un cambio, Valeria ya me ha visto, ya sabe a lo que he venido, y si soy una zorra sin escrúpulos en el trabajo, no me puedo acobardar ahora y salir corriendo. Eso no va conmigo.

—No nos vamos, si para ti no supone un problema, para mí tampoco—digo con firmeza.

—Bien—dice ladeando la cabeza mientras me mira con chulería—en ese caso, aquí soy Valkiria, y tú y él mis esclavos. Cada vez que os dirijáis a mí, lo haréis como Valkiria.

Madre mía, esta niña que me pone los pelos de punta en la oficina acaba de ponerme cachonda como una perra.

## Capítulo 4

—¿Tenéis claro lo que hacéis aquí? —pregunta mirándonos a los dos.

—Pues la verdad es que no, Jorge contrató una sesión sin siquiera saber qué es esto—digo a modo de reproche mientras le observo.

—Es una sesión de iniciación, yo solo os pondré a prueba tratando de buscar vuestros límites para encontrar lo que os gusta y lo que no. Según tengo entendido, en vuestra ficha pone que buscáis añadir algo de emoción en vuestros momentos íntimos.

Mato a Jorge, lo juro por Dios, ¿cómo se le ocurre decirle a la mentecata esta que nuestro sexo es aburrido?

—Algo así—contesta él después de que yo lo arrase con la mirada.

—Bien, lo primero que hemos de hacer es definir una palabra de seguridad, eso significa que, si uno de los dos pronuncia esa palabra, automáticamente el juego se detiene. Aquí se viene a disfrutar, no a pasarlo mal, ¿de acuerdo?

—Sí—respondo sin apartar la mirada de ella.

—¿Tenéis pensada una palabra?

Yo ni siquiera tenía pensado venir aquí, y Jorge ahora mismo en lo único que piensa es en salir corriendo, así que supongo que me toca escogerla a mí.

—Secretaria—digo decidida.

—¿Disculpa? —pregunta ella alzando las cejas.

—Ya me has oído, la palabra de seguridad será secretaria.

—Ya me has oído, Valkiria, debes decir, esa insubordinación te cuesta cinco azotes.

—¿Qué? —pregunto estupefacta.

—¿Tienes miedo? —pregunta con toda la chulería del mundo.

En realidad, estoy cagada, pero si soy una zorra inflexible en el trabajo no puedo demostrar debilidad aquí, así que mantengo el tipo y le aguanto la mirada mientras contesto.

—Ni un poco.

Ella sonrío satisfecha con cara de no creerme y se gira hacia Jorge para hacerle la misma pregunta.

—¿Y tú?

—Un poco—titubea el muy capullo—¿va a doler mucho?

—Eso depende de cómo os portéis, de momento ella ya se ha ganado cinco azotes más por mentirme. Lo que ya suman diez.

—¿Por mentirme? —ladro indignada.

—Has dicho que no tienes ni pizca de miedo, pero eso no es lo que dice tu expresión corporal. Estás tensa y en alerta constante porque no sabes lo que va a pasar, y eso a una mujer tan controladora como tú la desconcierta por completo.

Será hija de puta, se supone que lo que pasa en el trabajo debería de quedarse allí, pero ya me ha soltado la primera puyita sin venir a cuento. Tomo nota mental y aguanto estoicamente, si quiere azotarme que me azote, pero no pienso darle el gustazo de gritar, y mucho menos de soltar una maldita lágrima. Se va a enterar esta de quién soy yo.

—Como ya está todo aclarado, vamos a comenzar. Lo primero que quiero que hagas es que tú—dice señalándome—le quites toda la ropa a él. Si no queréis estar completamente desnudos, podéis usar algunos trajes que tenemos aquí que solo dejan al descubierto vuestras partes más vulnerables—dice tocando la polla de Jorge con la fusta.

Él da un respingo y palidece, y yo, que ya no puedo más, me pongo a reír a carcajadas sin poder contenerme.

—¿De qué te ríes? —me pregunta Valeria pasando la fusta entre mis pechos hasta llegar a mi pubis y conseguir que mi sexo haga palmas.

—Lo siento, es que estoy un poco nerviosa—reconozco tratando de calmarme.

—Lo siento, Valkiria—dice muy seria.

—Oh, venga, eso qué son, ¿cinco azotes más? —pregunto con los brazos en jarras.

—Esta vez serán diez, así seguro que aprendes. Ahora obedece y desnúdalo.

Trago saliva, diez azotes me parecían soportables, pero veinte no.

Empiezo a desnudar a Jorge poco a poco hasta que lo dejo solo en calzoncillos. Me sorprende ver que no está empalmado, yo llevo chorreando desde que he entrado. Él se mira avergonzado y yo no digo nada porque no quiero alimentar su malestar.

—No te preocupes, pasa a menudo al principio—lo tranquiliza Valeria.

Una vez que Jorge está completamente desnudo, ella lo conduce a una de las cruces mientras yo observo perpleja como va atando sus muñecas y sus tobillos a cada esquina.

—Acércate, Ingrid—me pide.

Miro a Jorge completamente expuesto y veo como respira de forma agitada, aunque esta vez no lo veo tan nervioso, parece que se empieza a integrar porque su polla está comenzando a crecer de forma rápida.

—Ahora desnúdate para que él te vea.

Esto sí que no me lo esperaba, porque siento que más que para Jorge, me estoy desnudando para ella.

Mi blusa cae al suelo y también mis pantalones, y justo cuando desabrocho mi sujetador y libero mis pechos, Jorge se empalma y su erección me impresiona. Creo que su polla ahora es más grande que nunca.

Me quito la última prenda, esa que deja mi sexo completamente al descubierto y cuando pienso que me va a pedir que me ponga en la otra cruz, me sorprende diciendo que me apoye sobre el potro que he visto antes.

—Voy a darte una parte de tu castigo antes de seguir, para que veas que soy compasiva, solo por esta vez.

—No le dará muy fuerte, ¿verdad? —pregunta Jorge asustado.

—Verdad, Valkiria—insiste ella—ahora tú también comprobarás la fuerza con la que la voy a azotar. Te acabas de ganar tres azotes.

De nuevo Jorge palidece y yo aguanto la risa, ya le está bien por gilipollas.

—¿Por qué él se gana tres y yo cinco? —cuestiono indignada, me parece una total injusticia.

Está claro que esta cabrona se está vengando por lo que pasó el viernes en el cumpleaños de Nuria.

—¿Quieres cinco más? —me susurra al oído.

Ahora su fusta pasea por mi pierna izquierda, hasta que llega a mi sexo y sin que lo espere me da un leve golpe, un golpe que obviamente no está pensado para que duela, si no para que estimule, y lo acaba de conseguir.

Contengo la respiración y trago saliva mientras cierro mis labios vaginales y siento otro escalofrío recorrerme de arriba abajo.

—Te he hecho una pregunta—insiste.

—No, no quiero.

—De acuerdo. Ahora quiero que te arrodilles frente al potro e inclines todo tu cuerpo sobre él, dejando caer los brazos por los lados.

Vamos, que la muy zorra me quiere con el culo en pompa.

—Esto no me gusta—susurra Jorge asustado.

—Me va a azotar a mí, no a ti—le aclaro de mal humor.

Otro golpecito de esa fusta con la punta plana se hace sonar esta vez en mi trasero como indicación de que debo obedecer. Así que me arrodillo frente al dichoso potro, apoyo el cuerpo sobre él y le ofrezco a Valeria una excelente visión de mi culo.

Ella apoya una rodilla en el suelo colocada a mi lado izquierdo y yo miro hacia Jorge porque a ella no puedo verla. Dice que esto no le gusta, pero tiene las pelotas a punto de explotarle el muy cabrón.

—¿Lista para recibir una parte de tu castigo?

—Sí.

—Pues vamos allá, cada vez que te dé un azote, quiero que lo cuentes en voz alta.

Me suelta tal azote con la mano abierta en el cachete izquierdo que no me lo espero y doy un respingo y contengo el aliento. Me cago en la leche, como pica.

—¡Ostia puta! —exclama Jorge impresionado.

—No te oigo—dice Valeria.

Estoy tan aturdida que no sé ni de qué coño me habla y ¡Zas! Otro azote que me provoca un escalofrío.

—O cuentas o añadiré uno más cada vez que no lo hagas.

—¡Unooo! —grito asustada.

Me pregunto de dónde saca tanta fuerza la cabrona esta, seguro que la mano tiene que picarle por narices.

—Dos—digo casi sin aliento, joder que ya llevo tres y no veas como pica.

Cuando llega el tercero para ella porque uno no cuenta por no haber contado a tiempo, vuelvo a aguantar la respiración, pero ahora el picor ya no es tan fuerte, hay algo que se ha mezclado con el dolor que me está haciendo desear que me folle sin contemplaciones.

—Cinco—grito por fin cuando llega el último.

Tras eso, hace algo que no me espero, y es masajear mi nalga de forma suave para calmar el escozor. Trato de que mi respiración se calme porque empiezo a sentir cosas que no comprendo. Me siento orgullosa por no haberle concedido el placer de gritar ni una sola vez, no me he quejado y he mantenido el tipo, pero algo se ha liberado dentro de mí. Son un cúmulo de emociones que no sé cómo gestionar y que me tienen algo desconcertada.

—Mira lo que has hecho.

La voz de Valeria aparece como un susurro muy cerca de mi oído, ahora ha dejado de masajear mi nalga para colocar su mano azotadora en mi mentón y hacer que mire a Jorge, que se está corriendo mientras observa su polla como si no pudiese creérselo.

Yo sonrío y noto que el aliento se me escapa. Me siento muy vulnerable ahora mismo, pero no pienso mostrar flaqueza ante ella.

—Ponte en pie—me ordena.

Tras eso, se acerca a Jorge y lo reprende por haberse corrido sin que ella le haya dado permiso.

—Eso añade tres azotes más a tu cuenta.

Venga ya, ¿en serio? Esto me parece una clara preferencia hacia él, pero no digo nada porque todavía me quedan quince y no sé si podré aguantarlos.

Valeria activa o suelta algo, y gira la cruz de Jorge hasta que él queda con la cabeza abajo y los pies arriba. Ahora, su polla flácida tras haberse corrido cuelga como un choricillo sobre su pubis. Valeria pasa la fusta por sus preciadas pelotas y Jorge emite un grito que por poco hace que las dos nos caigamos de culo del susto.

—¡Secretaria! ¡Secretaria!

Los ojos casi se me salen de las cuencas, ¿en serio acaba de gritar la palabra de seguridad?

—Pero Jorge—digo desconcertada.

—Quiero salir de aquí, Ingrid, esto no me gusta.

No le gusta y una mierda, él lo que no quiere es que lo azoten, porque ver cómo me azotaba a mí lo ha puesto burrote como no lo había visto antes.

Valeria no dice nada, vuelve a girar la cruz de Jorge y acto seguido lo desata.

—¿Ya está? —pregunto indignada—¿esto es todo?

—Esto es todo para él, si tú quieres continuar, la sesión seguirá contigo.

—Sí que quiero—respondo de sopetón.

Pero bueno, soy tonta ¿o qué? Tenía la oportunidad perfecta para librarme de los quince azotes que me quedan, ¿será que quiero que me los dé? Está claro, sí que quiero.

—Te espero fuera—dice Jorge después de vestirse.

## Capítulo 5

En cuanto la puerta se cierra miro a Valeria sin saber muy bien qué hacer. Ella se acerca, de nuevo con la fusta en la mano y la pasa por mi abdomen hasta detenerla sobre mi sexo.

Nunca me había sentido arder del modo que lo estoy haciendo ahora, no sé qué mierda de sesión hemos contratado, pero yo sé que en estos sitios te penetran con falos y otros tipos de juguetes, y yo estoy tan cachonda que es lo único que deseo, correrme.

—¿Qué vas a hacerme? —pregunto agitada.

—Eso depende de ti, ¿qué te gustaría que te hiciese?

—Necesito más, Valkiria.

No siento ni vergüenza cuando creo que debería hacerlo, pero estamos en un lugar en el que yo pago por un servicio y ante mí tengo una profesional que se supone que debe enseñarme a disfrutar del sexo de otro modo, pero mi acompañante ya no está.

—¿Más azotes? —pregunta provocativa.

—No, azotes no.

—Pero sabes que te los has ganado y debo dártelos, ¿te niegas a recibirlos?

—No, pero necesito liberarme, tengo algo aquí—digo apretando las piernas.

—Vuelve a ponerte en el potro, pero esta vez mirando hacia arriba.

Me siento de inmediato y me tumbo hacia atrás mientras ella se acerca a una estantería. Cuando vuelve no veo bien lo que lleva en la mano, hasta que la aparta de su cuerpo y veo que lleva puesto un arnés con un falo del mismo tamaño que la polla de Jorge.

Mi sexo comienza a arder de deseo y una desesperación por sentirla dentro comienza a recorrerme con ansia. Ella no me dice nada, se mantiene ahí de pie, observando mi cuerpo desnudo mientras observo cada línea del suyo embutida en ese traje que la convierte en alguien arrebatadoramente apetecible. Jamás había pensado en Valeria de este modo, ni de este ni de ninguno porque lo único que suelo pensar cuando la veo es en por qué cojones no la despiro.

Pero ahora no es Valeria, es Valkiria, y quiero que Valkiria me folle hasta dejarme seca.

—Abre las piernas—ordena como si leyese mi pensamiento.

Obedezco de inmediato y me abro todo lo que puedo. Sería mucho más cómodo estar en la cama, pero no es lo que quiero, eso ya lo tengo en casa, este potro en el que antes ha torturado mi culo me parece perfecto.

—¿Tienes algún problema si introduzco esto en tu ano?

Me enseña un diminuto juguetito que tiene un diamante en la parte final. Jamás he probado nada parecido, nunca han profanado mi agujero trasero ni es algo que haya echado en falta, pero estoy tan cachonda ahora mismo que le pienso decir que sí a todo con tal de que me folle de una vez. Además, para eso he venido, ¿no? Para experimentar, pues experimentemos.

—Me parece bien—concedo carraspeando.

—En ese caso date la vuelta primero.

Mierda, con lo bien que estaba. Me giro de inmediato y adopto la misma posición que antes, solo que con las piernas separadas. Zas, un cachetazo que no me espero, pero cuento.

—Uno—digo sin comprender nada.

—Quizá ahora pienses que no, pero esto ayudará a aumentar el placer, confía en mí. Zas.

—Dos.

Al menos ahora me está pegando en la otra nalga, pero la fuerza es la misma. Se detiene un segundo, y cuando pienso que va a llegar el tercero, su dedo se abre paso entre mis nalgas y empapa mi agujero con lubricante.

Dios, qué gustazo. Zas.

—¡Tres! —está vez grito. No me lo esperaba tan pronto y comienza a picar mucho.

Cuando va por el sexto y yo siento que tengo el culo a punto de estallar, se detiene de nuevo, vuelve a aplicar un poco más de lubricante y acto seguido empieza a introducir el juguetito con una delicadeza tan exquisita que lo único que siento es placer y más placer. Joder, no sé por qué no he hecho esto antes.

—¿Te sientes bien? ¿Te molesta? —pregunta muy cerca de mi oído.

—Estoy bien.

—Date la vuelta.

Lo hago, y sin que ella me lo pida me abro de piernas completamente y esa cosita que tengo metida por el culo ejerce una presión que por poco hace que me corra.

—Ay, joder—digo tratando de aguantarme.

Ella sonríe con maldad y pasa un dedo por mi sexo para comprobar mi lubricación, pero lo único que consigue además de ver que estoy empapada, es que me corra. Tal cual, ha sido tocarme y deshacerme entre jadeos y gemidos en un orgasmo inesperado que me ha dejado completamente descolocada.

—Lo siento, no quería—me disculpo para evitar otro castigo.

Todavía me quedan nueve azotes y siento que me van a explotar ambas nalgas.

Valeria no dice nada, simplemente se arrodilla ante mí y juega paseando la punta del falo por mi vagina mientras yo cierro los ojos y me abandono a todo lo que siento.

¡Zas! Una cachetada en el lado izquierdo del culo y antes de que me queje me penetra hasta el fondo y vuelvo a gritar, aunque esta vez es de placer e impresión.

—Uno.

—Buena chica—dice ella, y comienza a follarme con una maestría absoluta.

Cada vez que ese falo entra, noto como prácticamente toca con el otro juguete que hay en mi ano, y aunque me parezca increíble, la sensación de placer se multiplica en cada embestida y no aguanto ni treinta segundos antes de correrme de nuevo. Me retuerzo como no recuerdo haberlo hecho nunca y solo cuando doy un último suspiro de relajación, ella sale de mí y saca también el otro juguete.

—El tiempo se acaba, Ingrid—anuncia mientras se quita el arnés—y ya sabes lo que queda.

—Ocho azotes—digo exhausta.

Ahora mismo la puedo dejar hacerme lo que quiera.

—Levanta—dice tendiéndome las manos.

Me agarro a ella y tira de mí hasta que me pongo en pie. Me quedo quieta un segundo porque me siento algo mareada y ella espera con tranquilidad ante mí sin soltarme en ningún momento.

—¿Estás bien?

Asiento y la miro a los ojos, ahora mismo la besaría sin dudarlo, pero rápidamente saco ese pensamiento absurdo de mi cabeza y me recompongo.

—Si me suplicas de rodillas que no te los dé, te los perdono—dice de pronto.

¿Qué le suplique? Lo tiene claro si se piensa que me voy a humillar ante ella de ese modo.

—Ni hablar, Valkiria—digo arrastrando las letras de su nombre—yo no suplico por nada ni por nadie.

—Tú misma—dice alzando una ceja—tienes las nalgas bastante castigadas por la falta de costumbre, vas a estar un par de días acordándote de mí cada vez que te sientes.

—Me da igual, haz lo que tengas que hacer.

Valeria tira de mí hacia la cama y se sienta en ella, después se palmea los muslos para indicarme que es ahí donde quiere que me coloque para recibir mi castigo y lo hago sin dudarlo.

Para mi sorpresa, primero masajea mis nalgas una a una consiguiendo que me relaje un poco antes de que llegue la primera.

—Uno—juraría que me ha dado más fuerte que antes, o eso, o realmente mis nalgas están peor de lo que yo creía.

Cuando me da la segunda y cuento cierro los ojos con fuerza. En la tercera mi abdomen se tensa y mi respiración se corta.

Llegada la sexta, apenas tengo aliento para contar, pero aun así lo hago porque no pienso darle el gustazo, no voy a mostrarme débil ante ella ni ante nadie.

—Nueve—digo por fin, sintiendo un agotamiento extremo.

—Lo has hecho muy bien, Ingrid—me alaba antes de empezar a masajear mis nalgas de nuevo para calmar mi escozor.

Otra vez me invade ese cúmulo de sensaciones. Toda esa tensión que últimamente acumulo empieza a florecer por cada poro de mi piel y soy incapaz de controlarla. Me quedo atónita cuando veo como una lágrima traidora salta de mi ojo derecho y se estampa contra el suelo, a esa le sigue una segunda, y después una tercera.

No comprendo nada, por mucho que lo intento no puedo parar de llorar. Trato de hacerlo en silencio y rezo para que ella siga dedicando atenciones a mi trasero mientras encuentro un modo de parar esto antes de que se dé cuenta.

—No te contengas—dice de pronto en un susurro suave—es bueno lo que te está pasando, la adrenalina que has sentido, el dolor y todas las sensaciones nuevas, todo eso ayuda a sacar la mierda que arrastramos en el día a día.

Este tipo de sesiones tienen el objetivo de proporcionar otro tipo de placer en las personas, pero no solo sirven para eso, sobre todo las primeras veces—sigue explicando—has contenido mucho, y ahora tu cuerpo necesita expulsarlo y liberarse.

Lloro de forma desmedida y sin control, no puedo pararlo y ahora que se ha dado cuenta tampoco tiene sentido que lo intente. Así que nos quedamos así, en esta posición ridícula para mí mientras ella sigue calmando el dolor de mis nalgas y yo lloro como hacía años que llevaba sin hacerlo.

Cuando logro calmarme, me ayuda a ponerme en pie y después me acerca mi ropa y me tiende unos cuantos pañuelos de papel y toallitas higiénicas.

—Hay un baño ahí, puedes darte una ducha si te apetece. Encontrarás toallas limpias en el armario, después déjalas en el cubo blanco.

Sin mediar palabra, cojo todo lo que me ofrece y me encierro en el baño. Al salir, Valeria ya no es Valkiria, también se ha duchado y viste con unos vaqueros y una camiseta. Ahora las luces de la sala ya no son rojas, está encendida la del techo e ilumina toda la estancia como si fuese una habitación cualquiera a la que se le ha añadido algún juguete.

—¿Se encuentra mejor? —pregunta muy seria, tratándome de usted de nuevo.

—Valeria, lo que ha pasado aquí.

—Lo que ha pasado aquí, se queda aquí, señora Miler. Yo no mezclo un trabajo con el otro.

—Gracias.

—Espero que haya disfrutado de la sesión—dice elevando una ceja con media sonrisa.

—No ha estado mal—reconozco con la boca pequeña.

—Ya—ironiza ella—su novio la está esperando fuera—dice abriendo la puerta para invitarme a salir.

Mi novio, eso es algo que va a cambiar muy pronto.

## Capítulo 6

En cuanto salgo de la mazmorra o lo que sea esa habitación en la que he estado, me siento completamente descolocada. Es como si una parte de mí se hubiese quedado ahí dentro y otra un poco perversa me acompañase fuera.

La señora que antes nos ha recibido, viene en mi busca también ahora para acompañarme a la salida.

—¿Qué tal la experiencia? ¿Ha sido como usted esperaba?

Sorprendentemente, su pregunta no me molesta en absoluto. No la interpreto como un cotilleo, si no como la de una empresa interesada en saber si el servicio que ofrece es acorde a lo que un cliente busca. Quizá la comprendo porque ambas hablamos el mismo idioma, aunque dominemos cuestiones diferentes.

—Si le soy sincera no sé realmente lo que esperaba—confieso todavía atormentada por la explosión de sentimientos que he sentido al final—no había venido nunca a un lugar así, pero la experiencia me ha gustado mucho y considero que Valkiria es una gran profesional. Creo que eso responde a su pregunta, ¿cierto?

—Cierto—responde sonriente, pero sin perder ese aire de seriedad que necesita un sitio como este—ha sido un placer tenerla aquí, puede salir por esa puerta, su compañero me ha pedido que le dijera que la esperaba en el bar de enfrente.

—Muchas gracias.

Cuando salgo no me puedo creer que le haya hablado bien de Valkiria o, mejor dicho, de Valeria. No soy de las que suelen alabar el trabajo de nadie así como así, supongo que se debe a que estoy todavía muy alterada y creo que demasiado sensible. Todo ha sido demasiado intenso ahí dentro.

Cruzo la calle y no tardo mucho en localizar a Jorge sentado en la terraza del bar bajo un parasol. No sé qué coño hace ahí con el frío que hace, hasta que me doy cuenta de que tiene un cigarrillo en la mano.

—¿Cuándo has vuelto a fumar? —pregunto sentándome a su lado sin quitarme el abrigo.

Por Dios como me ha dejado el cuerpo está mujer. En cuanto noto la dureza de la silla en mis nalgas la respiración se me corta debido al escozor, pero trato de disimular porque no quiero que Jorge me pregunte por el resto de los azotes. También estoy destemplada.

—No he vuelto, es solo que saber que estabas ahí dentro, y lo que ha pasado—dice negando—joder, necesitaba fumar.

—No ha pasado nada malo.

—Pensé que saldrías conmigo.

Tendrá morro, es el que me hace venir aquí, y como al niño no le ha gustado, o más bien le ha asustado lo que ha visto, ¿también pretendía que yo saliese corriendo con él?

—¿Por qué iba a hacerlo? De hecho, no comprendo por qué has salido tú, te has corrido como un animal cuando ella me azotaba.

—Es cierto—reconoce abochornado—pero solo de pensar en que me hiciese lo mismo a mí, no sé, no he podido soportarlo.

—Quizá te guste ser un dominatrix de esos, un señor Grey como el libro ese o como se llame.

—No creo, me he excitado, pero no me veo azotándote, Ingrid, creo que prefiero las cosas como estaban antes.

—Ya, ese es el problema, Jorge, que yo no.

—¿Te gusta lo que te ha hecho esa zorra? —pregunta irritado conteniendo la voz—vamos, no me jodas, Ingrid, tú no has visto lo rojo que tenías el culo y he visto como apretabas los dientes cada vez que te azotaba.

—No se trata de eso, Jorge. Olvida lo que ha pasado ahí dentro, se trata de que he descubierto que mi vida tal y como es no me gusta. Lo que tú y yo tenemos está bien para una temporada, pero no va a más, es todo muy rutinario y plano y yo necesito cosas diferentes. Hace tiempo que no me siento bien y lo sabes, todo me irrita y estoy, joder—digo cogiendo aire—estoy agobiada. Necesito un cambio, tal vez un tiempo sola me venga bien.

—¿Me estás dejando? —pregunta perplejo.

—Sí, eso es lo que está pasando. No te lo tomes como algo personal, Jorge, pero creo que tú y yo no somos compatibles, tú estás en un plano y yo en otro, no sé si me explico.

Joder, tengo ganas de llorar otra vez, y eso que no me siento nada mal por estar rompiendo con él, es algo que

debí haber hecho hace meses.

—No, no te explicas. Somos una buena pareja, nos entendemos, y puede que seamos un poco aburridos en la cama, pero no creo que en eso se base todo.

Pero bueno, ¿cómo se atreve a decir que somos aburridos en la cama cuando el aburrido es él?

—No lo es todo, claro que no, pero para mí ahora mismo, en este momento de mi vida, es algo que tiene mucho peso en la relación. Tengo cuarenta y tres años, Jorge, y siento que el tiempo se me escapa en muchos sentidos. Y los años que me queden de lividez pasional quiero aprovecharlos, no espero que lo entiendas, pero sí que te agradecería que no te enfades conmigo, no me apetece que acabemos como esas parejas que se odian.

Esto último lo digo para tratar de que comprenda que él me importa y que lo quiero, pero, aunque se enfade como un niño y me suelte esa frase de no podemos ser amigos, no pienso cambiar de opinión, ya está decidido.

—Muy bien, Ingrid, espero que encuentres lo que buscas ahí dentro—dice poniéndose en pie para dejarme plantada.

—¿Va a tomar algo? —pregunta la camarera apareciendo como un espectro a mi lado.

—Una Coca Cola con hielo y sin limón, por favor—creo que necesito algo de azúcar para recuperar la energía que me he dejado ahí dentro—y traiga también la cuenta.

—Enseguida.

## Capítulo 7

El lunes, a pesar de que me pasé todo el domingo mentalizándome de que mi comportamiento hacia Valeria no debe cambiar en ninguna circunstancia, me siento inquieta. Tengo claro que yo voy a ser la misma, pero ¿cómo va a comportarse ella? ¿Y si decide chantajearme o contarles a sus compañeras lo que pasó?

Eso me inquieta y me pone de mal humor a pesar de que me siento relajada, algo que hacía mucho tiempo que no pasaba.

Cuando entro en el despacho la encuentro en su mesa hablando por teléfono con algún cliente, con ese desparpajo suyo recostada en la silla como si estuviese en una terraza tomándose algo.

Resoplo y pongo los ojos en blanco sin que me vea y justo cuando tomo asiento con sumo cuidado porque todavía tengo las nalgas un poco doloridas, ella cuelga y me mira.

—Buenos días, señora Miler—saluda clavándome la mirada.

¿Está conteniendo la risa? No sé si me estoy obsesionando o volviendo paranoica, pero creo que me mira de otro modo diferente.

—Hola, Valeria.

—Tenemos reunión en cinco minutos. Tiene el dossier sobre la mesa y la sala ya está dispuesta.

—De acuerdo.

Me pongo en pie, recojo el dossier de la mesa y le hago un gesto con la cabeza para que me acompañe a la reunión como hago siempre.

—¿Qué tal se encuentra? —pregunta de sopetón cuando caminamos por el pasillo.

Vale, esto sí que no, se supone que lo que pasó allí, se queda allí.

—Dime una cosa, Valeria. ¿Cuándo me has preguntado tú alguna vez cómo me encuentro? —respondo cortante.

—Ninguna, suele ser usted una arpía y sinceramente, lo que le pase no me importa.

Me detengo en seco en medio del pasillo provocando que, por poco, dos empleadas que también se dirigen a la reunión, me arroyen. Me saludan y yo les devuelvo un gesto de cabeza.

—Así que soy una arpía. ¿Y qué pasa? ¿Qué hoy no lo soy?

—Yo estoy convencida de que sí—suelta la muy cabrona.

—¿Y se puede saber entonces por qué me preguntas cómo estoy? —exijo de mal humor.

—Porque yo soy una persona educada y creo que después de lo que pasó el otro día es lo correcto.

Lo sabía, sabía que no iba a ser capaz de mantener la boca cerrada.

—Escúchame bien, Valeria—digo cogiéndola por el brazo para llevarla a un rincón—lo que pasó en aquel lugar se tiene que quedar allí, ¿te queda claro? Creía que al menos allí sí que eras un poco profesional. Como vuelvas a mencionar algo que tenga que ver con aquello, te juro que me presento en ese sitio y le digo a tu jefa lo niña que eres. ¿Te queda claro?

—Clarísimo. Sabe, ¿qué? —pregunta acercándose tanto a mí que por primera vez en su vida consigue ponerme nerviosa de un modo que no es el típico que hace que me entren ganas de despedirla—si estuviésemos allí le pondría el culo tan rojo que no podría sentarse en una semana.

Dios santo, mis bragas se acaban de empapar. Solo con recordar su forma de masajearme y de follarme. Oh, joder, creo que no puedo respirar.

—Por cierto, ha llamado el señor Velasco de empresas Mitre, como usted no estaba le he pedido que me dejase el recado a mí.

—Menos mal, porque eso es parte de tu trabajo—escupo envenenada.

—Correcto—responde sin inmutarse.

Joder, me saca de quicio.

—¿Me vas a decir qué quería?

—Le he dejado una nota sobre su mesa, como hago siempre que no está.

Justo en ese momento llegamos a la entrada de la sala de juntas, pero me ha puesto de tan mal humor que no pienso permitir que entre ahí y me deje con la palabra en la boca, así que la cojo del brazo de nuevo y la arrastro hacia el fondo del pasillo.

—¿Esto se podría considerar acoso laboral? —pregunta mirando mi mano sobre su brazo—quizá debería preguntarlo en recursos humanos.

—Mira, Valeria, no me toques el coño que hoy no estoy para gilipolleces. Vamos a dejar las cosas claras de una vez porque parece que a ti hay que explicártelo todo bien. Trabajas para mí, y eso significa que haces lo que yo te diga y lo haces con respeto, y si no eres capaz de asumir tus funciones, coges la puerta y te largas. Hay muchísimas personas en el paro que pueden hacer el mismo trabajo que tú.

—Recibido—admite por fin.

Dios, menos mal.

—Pero que sepa que esto en otro sitio le hubiese costado al menos diez azotes.

La despediría ahora mismo, en serio, lo haría sin dudarle si no fuese porque ahora mismo la idea de que me azote hasta hacer que me corra me tiene con las piernas temblando.

—Señora Miler, ya estamos todos—me anuncia la responsable de facturación.

Me dirijo hacia allí y esta vez es Valeria la que me detiene a mí sujetando mi brazo.

—Tiene razón, señora Miler. Me he pasado—reconoce muy seria—me metí en mi papel con usted y reconozco que me gustó tanto que cuando la veo me cuesta salir de él. Lo siento, no volverá a ocurrir—se disculpa dejándome perpleja—el señor Velasco quiere que revise usted sus últimas facturas, dice que hay algunos cargos que cree que no son correctos.

Tras eso, se adelanta y entra en la sala de juntas.

Yo me quedo paralizada en el pasillo, no solo por la sorpresa que me ha producido su disculpa, si no por la llamada del señor Velasco. Hace semanas que estoy buscando tener un par de días libres para ponerme a revisar las últimas facturas porque he visto algunos detalles que no me concuerdan, pero ese momento no lo encuentro nunca y ya no puedo demorarlo más, y menos si está afectando a uno de mis clientes.

Cuando entro en la sala de juntas trato de resolver todos los temas con la mayor celeridad posible y al salir me dirijo al despacho junto a Valeria, que va cargada de papeles que le han proporcionado los responsables de todos los departamentos para comprobarlos y archivarlos.

Lo primero que hago al encerrarnos en el despacho es llamar al señor Velasco y asegurarle que voy a revisar personalmente las facturas que le hemos emitido los últimos meses por si ha habido algún error.

—Valeria—digo al colgar.

—¿Sí?

—No me pases ninguna llamada, por favor, coge el recado y salvo que sea urgente no quiero saber nada hasta mañana.

—De acuerdo.

Valeria clava la vista en su pantalla mientras introduce toda la documentación en el programa y por un momento fugaz, me la imagino de nuevo enfundada en su traje de cuero, convertida en Valkiria con la fusta en la mano dándome órdenes y ejecutando castigos.

—Jesús...—susurro para mí.

Pensarlo hace que las piernas se me vuelvan de gelatina, la adrenalina me recorra el cuerpo y mi pulso se acelere. No se trata solo de lo mucho que disfruté en el plano sexual, sino también de la liberación que sentí en ese momento, esa noche dormí plana pese a que acababa de dejar al que había sido mi novio durante dos años.

Creo que por primera vez en mi vida he encontrado algo que logra quitarme el estrés y me permite sacar la mierda, pero eso me genera una lucha interna porque no acabo de entender que algo así pueda gustarme.

Joder, si sigo así me voy a volver loca, ¿debería comentárselo a mi psicólogo en la consulta de esta tarde? Quizá él confirme mis sospechas de que ya no tengo remedio y por lo menos me ahorraré un pico al mes. Y hablando de picos, dejo de mirar de reojo a Valeria y entro en la cuenta del señor Velasco para revisar sus últimas facturas.

## Capítulo 8

De verdad que ir al psicólogo a veces me parece peor que no hacerlo. No sé qué hago sentada delante de este señor que me observa fijamente por encima de la montura de sus gafas. Siempre me hace lo mismo, mirarme de ese modo desquiciante hasta que me desespero y arranco a contarle lo primero que se me ocurre.

—He roto con Jorge—suelto sin más.

Después me reacomodo en el sofá y miro hacia ese título de graduado que tiene colgado sobre su escritorio. A lo mejor es falso, pienso mientras me rasco la nariz.

—¿Y cómo la hace sentir eso?

—¿Disculpe? —pregunto sin saber de qué cojones me habla.

—La ruptura con su novio, acaba de decir que lo han dejado.

—Ah, sí, eso. Pues no sé, supongo que debería sentirme mal, pero la verdad es que no me está importando demasiado. ¿Eso es malo?

De repente me doy cuenta de que encajo en el perfil de una psicópata, soy una persona fría que no tiene sentimientos ni empatía. Eso es lo que piensa Valeria y todas las personas que trabajan para mí. Que soy una arpía, alguien cruel y despiadada.

—¿Cree usted que es malo?

Pero bueno, ¿este hombre es tonto o qué?

—Se supone que esa pregunta la debería responder usted, no yo. ¿Para qué cojones le pago entonces? —pregunto poniéndome en pie enrojecida de rabia.

—Siéntese, Ingrid. Por favor—me pide amablemente señalando el sofá—usted pregunta si eso es malo porque por algún motivo cree que lo es. Y yo quiero saber por qué piensa eso.

—¿Y por qué coño no me lo pregunta así directamente? —bufo sentándome—déjese de rodeos y vaya al grano, por favor. Con la tarifa desorbitada que le pago creo que me merezco un poco de profesionalidad.

El hombre me mira perplejo y yo empiezo a toser cuando me atraganto tragando mi propia saliva. ¿Se puede ser más tonta?

—Discúlpeme—le pido carraspeando—es que estoy muy nerviosa, ha pasado algo en el trabajo que me inquieta un poco y lo he descargado con usted.

—No se preocupe, para eso estamos aquí, para que saque de su interior todo aquello que la hace sentir malestar emocional.

Si le cuento al viejo que el método más efectivo y rápido que he encontrado para eso es que una mujer con una fusta en la mano me pusiese a cuatro patas en un potro y me azotase el culo para después llevarme al orgasmo, el pobre sufriría un ictus y tendría que cargar con su muerte en mi conciencia. No, gracias, creo que hay algunas cosas que a ciertas personas no se le pueden contar, y esta es una de ellas.

—¿Quiere hablarme de eso que le ha pasado en el trabajo?

La verdad es que no quiero, porque eso que ha pasado en el trabajo es que uno de mis clientes se ha quejado porque considera que le he cobrado de más por las gestiones mensuales que he realizado sobre su empresa. Estoy segura de que se trata de un malentendido, de un error informático y que pronto daré con él, pero después de pasarme dos horas repasando su última factura detalle por detalle, no he encontrado el problema y eso me hace sentir como si le estuviese robando.

Es la primera vez que uno de mis clientes se queja por algo así y eso ha logrado que todo aquello de lo que me liberó Valeria el sábado, haya vuelto y me tenga en un estado de irritabilidad que sé que no me dejará dormir.

—Es solo un error en una factura—le explico tratando de quitarle importancia—pero ha provocado la queja de un cliente y eso no es algo que me pueda permitir. Hasta la fecha jamás había pasado, tengo el flujo de clientes que tengo porque me he ganado una reputación con mucho esfuerzo.

—No debería ser usted tan exigente consigo misma, todos tenemos derecho a cometer un error en nuestro trabajo, la cuestión es que tratemos de subsanarlo lo antes posible siempre que tenga solución.

—Por supuesto que la tiene, y pienso arreglarlo con la mayor celeridad posible.

Y estoy decidida a ello. De momento ya le he devuelto el importe total de la factura emitida y le he dicho que le cargaré la nueva cuando localice el error. También le he pedido a Valeria que cancele todas mis reuniones de

mañana, voy a dedicar el día a localizar el problema y a revisar todas las facturas del último mes para asegurarme de que esto es un caso aislado.

Cuando salgo de la consulta y la chica de recepción me dice que me apunta para la semana que viene como siempre, me planteo decirle que no lo haga, que ya no necesito más sesiones porque cada vez que salgo de este despacho siento que estoy en el mismo punto que cuando entré, pero algo debe conseguir este hombre al borde de la muerte, porque siempre vuelvo. La verdad es que me parece un misterio.

De camino a casa pienso que me daré una ducha relajante y después abriré el portátil hasta la hora de la cena para verificar la dichosa factura. Solo necesito estar un poco relajada, en el despacho estaba nerviosa por la conversación que había tenido con Valeria y eso creo que no me dejaba pensar con claridad ni concentrarme en lo que estaba haciendo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto más seca de lo debido cuando encuentro a Jorge esperando en mi puerta.

—Tengo algunas cosas en tu casa y me gustaría recuperarlas si no te importa. No tardaré mucho—dice con cara de cordero degollado.

Joder, ahora me siento fatal. A ver quién es la guapa que dice que no tengo empatía.

—Claro, Jorge, pasa—digo tras abrir.

Mientras él recoge sus cosas yo me espero sentada en el sofá preguntándome si he hecho lo correcto. Jorge no tarda ni dos minutos en volver tras revisar la habitación y el baño, tan solo tenía un pequeño neceser, un par de mudas de ropa interior y alguna camiseta.

Al verle me doy cuenta de que sí, esta es la decisión correcta. Jorge es un buen tío, tiene un cuerpo de infarto, un buen trabajo y la capacidad de proporcionar estabilidad, pero no despierta en mí esa pasión salvaje que debería haber tenido en algún momento de nuestra relación y, aunque dicen que el sexo no lo es todo, creo que en nuestro caso es un factor que ha llevado esta relación al desastre.

—¿Vas a volver allí? —pregunta sorprendiéndome.

—¿A dónde?

—A la mazmorra. Te quedaste dentro, así que supongo que te gustó lo que te hizo.

—No creo que debamos tener esta conversación, Jorge, de verdad. He tenido un día de mierda en el trabajo y no quiero discutir. Pero si te quedas más tranquilo, la respuesta es no, no pretendo volver.

No entiendo muy bien el motivo de su pregunta ni en qué le puede afectar la respuesta ahora, pero parece darse por satisfecho y tras acercarse a mí y darme un casto beso en los labios, se despide y abandona mi casa sin que me sienta todo lo triste que debería sentirme.

Su visita me ha cortado el rollo y tras la ducha no me veo con la fuerza necesaria para ponerme a trabajar como debería, así que me tumbo en el sofá y me pongo a ver una serie de Netflix. Creo que es buena idea que me distraiga de todo por completo, mañana me pondré a ello con todo mi empeño.

## Capítulo 9

Llego antes que ningún día a la oficina y, aunque las escucho al llegar y me doy cuenta de que, entre saludos y cotilleos varios, se van a sus puestos diez minutos más tarde, me aguanto las ganas de salir del despacho y soltarles un berrido digno del diablo porque quiero centrarme en la dichosa factura.

—Anda, buenos días—saluda Valeria sorprendida.

¿Cómo que anda? Es mi puta empresa y vengo cuando me da la gana, joder.

—Buenos días, llegas tarde—digo mirando el reloj.

—He llegado puntual, es solo que...

—Es solo que te has entretenido cotilleando como todas, si sumo todos los minutos que llegáis a perder a mi costa me salís por un jodido riñón.

Valeria cierra la puerta del despacho con mala leche y se dirige a mi mesa apoyando ambas manos sobre ella para encaramme.

—¿Sabe? Intento controlarme, se lo juro, pero es usted tan arpía que creo que lo que necesita es que la azote unas cuantas veces para calmarse.

—¿Cómo te atreves? —bufo indignada.

Pero bueno, qué se ha pensado esta niña, ¿cree que puede venir aquí y encima vacilarme?

—Se me ocurre un trato justo—añade ignorándome—según usted yo le he robado minutos de su trabajo, ¿qué le parece si se los devuelvo con unos cuantos del mío y le pongo ese culo tan bonito y firme rojo como un puto tomate para que recuerde usted que lo que tiene aquí trabajando son personas y no putos robots?

Todo lo que pasa por mi cabeza ahora mismo es tan contradictorio que me quedo bloqueada. Por un lado, solo puedo pensar en despedirla con efecto inmediato y sería más que procedente, pero por otro, pienso en ella azotándome de nuevo y aquella extraña sensación entre dolor y placer vuelve a mi cuerpo haciéndome cerrar las piernas desecha de excitación.

—Se lo está pensando, eso es que le gustó.

Dios santo, como no se vaya a su mesa juro que no sé lo que le hago.

Carraspeo para tratar de ganar tiempo y poder darle una respuesta digna o un sopapo, que también le iría bien a esta sinvergüenza maleducada, sin embargo, sigo sin poder articular palabra porque ahora solo puedo pensar en que ha dicho que mi culo es bonito y firme. ¿Le gusta mi culo? Mierda, la imagino sentada en mi silla y yo postrada sobre ella con el culo en pompa y me pongo enferma.

—Sal de mi vista, Valeria, por favor.

La voz apenas me sale, estoy tan excitada que creo que como me siga dedicando una mirada felina como la que me está dedicando ahora mismo, acabaré corriéndome sin necesidad de que me toque.

—Si cambia de opinión ya sabe dónde me tiene.

Me guiña un ojo la hija de puta y se vuelve hacia su mesa meneando el culo como la modelo de una pasarela, ¿intenta provocarme? Desde luego lo está consiguiendo. Jamás me había fijado en ella de ese modo, pero desde lo que pasó el sábado en ese maldito lugar, ahora la veo con otros ojos y aunque me joda tanta insubordinación por su parte y que no sepa mantener la bocaza cerrada, debo ser sincera conmigo misma y reconocer que se lo permito porque en el fondo me gusta que lo haga, creo que siempre me ha gustado.

Cuando por fin se sienta y se pone a sus cosas, yo bebo un poco de agua porque esta cabrona me ha dejado la garganta seca y clavo la vista en la pantalla de mi ordenador.

No sé si es por la excitación que me ha vuelto más receptiva o qué demonios ha pasado, pero en cuestión de minutos detecto cuál es el error en la factura del señor Velasco.

Su empresa es una de las que no tiene una cuota mensual fija porque fluctúa mucho dependiendo de la cantidad de altas de trabajadores que le hacemos, de bajas, de redacción de contratos y un largo etcétera, pero hay un servicio que es común a todos nuestros clientes, que es de asesoría y gestión y en ese concepto entra cualquier consulta extra que puedan hacernos.

Todas esas consultas siempre quedan registradas en el programa, pero en el caso de la factura de este mes del señor Velasco, hay dos cargos con este concepto cuyo registro está en blanco.

Solo se me ocurren dos posibilidades ahora mismo, o la persona encargada de esta cuenta olvidó rellenar el

concepto y por lo tanto no puedo rebatir con datos que se produjeron estos servicios, o simplemente se equivocó al introducirlo y le hemos hecho dos cargos extra por este motivo cuando no han sucedido. En cualquier caso, haya pasado lo que haya pasado, hemos cobrado de más a un cliente y eso me irrita profundamente.

—Valeria, te acabo de pasar una factura con un error al correo. Habla con contabilidad para que modifiquen la parte que te he señalado y la vuelvan a emitir correctamente—le ordeno sin mirarla.

—Ahora mismo.

Joder, menos mal que se ha puesto en modo trabajo.

Valeria imprime la factura y sale del despacho para dirigirse al departamento de contabilidad, yo aprovecho el momento para llamar al señor Velasco, disculparme de nuevo y decirle que ya he localizado el error y que no volverá a suceder.

El hombre acepta amablemente mis disculpas y aprovecha el momento para hacerme una consulta que el muy cabrón sabe que no le voy a cobrar. Mientras hablo con él, me apunto en el bloc de notas que debo revisar todas las facturas de al menos los tres últimos meses y no solo del último. Si esta chica se ha equivocado una vez, puede haberlo hecho otras, y no todos los clientes verifican los conceptos de las facturas porque no tienen tiempo para ello, dan por hecho que no los vas a estafar. Yo misma tengo tanto trabajo acumulado que a veces firmo albaranes sin mirar.

En cuanto cuelgo, miro en el programa quién está al cargo de esta cuenta y al volver Valeria de contabilidad le pido que la haga llamar, una tal Sandra Bermejo, creo que ni siquiera sé quién es.

De nuevo, Valeria obedece con eficacia y en cuestión de un par de minutos, Sandra Bermejo, una chica que rondará la treintena y que parece que ha olvidado peinarse esta mañana, entra por la puerta casi sin aliento.

—¿Me ha hecho llamar? —pregunta desde la puerta con las mejillas tan rojas como la piel de mi trasero el sábado.

—Pasa y siéntate, por favor.

Giro la pantalla de mi ordenador y le pido que me explique por qué esas dos entradas están en blanco, es entonces cuando ella palidece como una hoja de papel y sus ojos casi se desorbitan cuando comprueba que realmente es así.

—Es imposible, yo siempre relleno los conceptos, señora Miler.

—Creo que es evidente que no—respondo brusca—y ya no se trata de que no recuerdes para qué fueron esas consultas, porque no lo recuerdas, ¿verdad?

—No—titubea.

—Aquí de lo que se trata es de que hemos quedado como unos incompetentes ante un cliente, si nos equivocamos con nuestras propias facturas, ¿cómo coño se van a fiar de que les hagamos todas las gestiones bien?

—Tiene razón, señora...

—Claro que la tengo—la interrumpo—y deja de llamarme señora. Ya me he disculpado personalmente con el señor Velasco y espero que a partir de ahora estés más atenta, porque como vuelvas a cometer un error como este, te pongo de patitas en la calle, ¿me has entendido?

No sé si está impactada por lo que le he dicho o porque sigue sin creerse que haya podido cometer un error tan absurdo, pero la chica no contesta y sigue mirando la pantalla de mi ordenador.

—¡He dicho que si me has entendido! —grito colérica.

Dios, como no controle estos ataques me dará un ictus.

Sandra salta del susto y con los ojos vidriosos me mira y asiente.

—Bien, pues vuelve a tu puesto y espero que le cuentes a todos tus compañeros lo que pasará como alguien la cague tan absurdamente.

Sandra abandona mi despacho y Valeria se gira hacia mí como si tuviese al mismísimo diablo delante.

—¿Qué?

—Que no se preocupe, la información se la dará al resto de los compañeros porque probablemente haya llegado llorando a su mesa. Se ha pasado. Ha sido un error que podría haber cometido cualquiera.

Me acerco a su mesa, ya estoy hasta el mismísimo hoy.

—Acabas de decirlo, podría cometerlo cualquiera y volver a dejar en evidencia la eficacia de esta empresa. Puede que tú no lo entiendas porque ni siquiera sabes lo que quieres, trabajas aquí y trabajas allí con tu traje de cuero, pero yo he levantado la empresa con mucho esfuerzo, doy trabajo a más de cuarenta personas y lo mínimo que espero de ellas es que cumplan con sus obligaciones, si eso me convierte en una arpía, seré la arpía más hija de puta que hayas visto en tu vida.

Ale, ya me he quedado a gusto.

—No es querer que su empresa sea eficiente lo que la convierte en una zorra, señora Miler, son sus formas.

¿Por qué siempre debe tener la última palabra la niñata esta?

—Mi oferta sigue en pie, si fuese mi sumisa desde luego hoy se hubiese ganado unos cuantos azotes.

—¿Tu sumisa has dicho? —pregunto perpleja.

—Sí, eso he dicho, y no se atreva a cuestionar mi trabajo, ni el que realizo aquí ni el que realizo allí—me amenaza poniéndome cachonda como una perra.

—Cuestionaré lo que me dé la gana.

Valeria se pone en pie ante mi cara de sorpresa y se hace una coleta alta como la que llevaba el otro día. Después camina hasta la puerta del despacho y la atranca con una silla mientras yo la miro estupefacta.

—¿Qué coño haces? —pregunto a punto de escupir el corazón por la boca.

Valeria se acerca a mí con decisión y se coloca tan cerca para susurrarme que sus pechos me rozan el brazo haciendo que me estremezca.

—Pon las dos manos en la mesa y el culo en pompa—susurra tuteándome.

—Te has vuelto loca si te piensas que...

¡Plas! Un sonoro cachetazo en mi nalga izquierda me hace dar un respingo y me anula la voluntad por completo.

—Hazlo o el castigo será peor—susurra de nuevo.

No me lo puedo creer, ni siquiera he sido consciente de en qué momento he obedecido. Ahora estoy ahí, con las dos manos apoyadas en su mesa y el culo en pompa mientras ella me sube la falda y me baja las bragas haciéndome suspirar de anticipación. ¿Qué diablos me pasa con esta chica?

—Cuenta—ordena a la vez que me da un fuerte azote en la misma nalga que antes.

—Uno—jadeo notando el escozor hormigueando por mi piel desnuda.

Zas. Otro cachetazo, este me parece más fuerte que el anterior y pienso que la cabrona podría cambiar de nalga, pero cuando cuento, el tercero y el cuarto van a la misma y ya vuelvo a tener esa sensación que empieza a mezclarse entre el dolor y el placer.

—Cinco—susurro.

Por favor, me da tan fuerte que puede que lo estén escuchando fuera. Mientras pienso eso llega el sexto y noto mi entrepierna chorrear de deseo.

—Has sido muy mala—me susurra al oído—con lo zorra que has sido hoy, debería darte al menos otros cinco, pero para que veas que soy compasiva, te doy a elegir.

—¿Elegir? —pregunto turbada sin moverme ni un centímetro.

—Cinco azotes más o tus bragas, ¿qué eliges?

Tengo el culo ardiendo de escozor, como me dé otras cinco no podré sentarme en lo que queda de día.

—Las bragas—suelto controlándome para no suplicarle que vuelva a follarme.

—Buena chica.

Valeria tiende su mano y alza una ceja. Yo me incorporo, termino de quitarme las bragas sin sacarme los zapatos y se las entrego.

Ella sonríe con malicia y se las guarda en el bolsillo trasero de su pantalón, después se pega a mí y comienza a masajear con exquisita dulzura mi nalga fustigada. Otra vez siento ganas de llorar, pero esta vez me reprimo como puedo porque no pienso permitir que nadie en esta oficina me vea con los ojos rojos, es un signo de debilidad, y yo no soy débil.

—Espero que hayas aprendido el castigo.

No respondo porque todavía siento la congoja aposentada en mi garganta. Valeria baja y recoloca mi falta como si aquí no hubiese pasado nada y cuando más desconsolada me siento al pensar que ya ha terminado, me arrincona contra la pared y me besa insinuando su lengua entre mis labios paralizándome el corazón.

—Me pones muchísimo—asegura cuando mi puto teléfono comienza a sonar.

—Valeria...

—Shhh—dice poniendo un dedo en mis labios para silenciarme—ahora me perteneces, Ingrid, y como tu ama debes contentarme, así que mañana vendrás con otra falda y sin bragas. Ahora ya puedes contestar la llamada—dice alejándose de mí.

Completamente desconcertada e incapaz de reaccionar, camino hasta mi mesa para coger el teléfono y ella quita la silla que bloquea la puerta, se suelta el pelo y se sienta como si nada hubiese pasado. Pero sí ha pasado, mis bragas están en su bolsillo y mi culo está rojo y ardiente, por no hablar de que estoy cachonda perdida, deseando que vuelva a besarme y que la idea de pertenecerle, en lugar de asustarme; me gusta.

## Capítulo 10

Al mediodía, Valeria se marcha a comer con otros trabajadores como hacen casi siempre. Cerramos durante un par de horas y los que viven más lejos se quedan a comer en el restaurante que hay a un par de calles de aquí. Pueden decir de mí que soy una zorra, una arpía y mil cosas más, pero gracias a un acuerdo con el dueño que es cliente de la empresa, todos comen por cinco euros y el resto corre de mi cuenta.

Yo suelo irme a casa o en los últimos meses, quedaba algunas veces con Jorge y comíamos en cualquier otro restaurante de la ciudad. Con Jorge obviamente ya no voy a ir, pero tampoco me apetece irme a casa porque apenas tengo hambre, entre las dichas facturas por revisar y Valeria revoloteando por aquí haciendo que recuerde a cada momento que le pertenezco, no logro concentrarme como debería, así que la hora de comer es perfecta. Cero distracciones.

Con más de trescientos clientes, el volumen de lo que debo revisar es enorme y desmotivador, por lo que decido centrarme primero en aquellos que tienen una cuota mensual fija porque solo necesitan cierto tipo de gestiones.

Uso varios filtros y compruebo los conceptos para asegurar que los precios son correctos, el IVA se aplica como debe y todo está en orden. Recuerdo que hace años, cuando el volumen de clientes no era ni la mitad que ahora, el programa que utilizábamos entonces tuvo una desconfiguración y aplicaba un impuesto que no correspondía, pero lo descubrí antes de que se emitieran las facturas y nadie se enteró de aquello.

—¿No has salido a comer? —la voz de Valeria desde la puerta por poco me mata del susto.

Desconcertada, miro la hora en la pantalla del ordenador y veo con sorpresa que ya han pasado las dos horas.

—No tengo mucha hambre—respondo algo tensa.

—¿Te traigo un café y algo de la máquina? —se ofrece dejándome más descolocada todavía.

La miro sin saber muy bien qué decirle y Valeria se acerca a mi mesa y se sienta un momento frente a mí.

—Como tu ama—susurra haciendo que la piel de mi nuca se erice—no solo te castigo, también te recompensó y aunque no te lo creas, me preocupo por ti. No puedes pasarte el día sin comer y sin apartar los ojos de esa pantalla.

—Tengo mucho trabajo, Valeria, ¿o debería llamarte Valkiria? —la provoqué sin saber muy bien por qué.

—Aquí y para ti, siempre soy Valeria. Valkiria es alguien que existe en la mazmorra, un personaje en el que me convierto para preservar mi identidad y porque a los clientes les gusta que haya un rol.

—¿No te gusta lo que haces?

—No desvíes el tema. Levántate, estira las piernas paseando por el despacho si quieres y mientras te traeré lo que me pidas.

Me hubiese gustado más que respondiese a mi pregunta, el motivo por el que tiene dos empleos es algo por lo que siento una curiosidad enorme. Hasta ahora he considerado que no tengo ningún derecho a inmiscuirme en sus cosas, de hecho, nunca he querido saber nada de su vida personal ni de la de ninguno de mis otros empleados, pero Valeria ahora me despierta algo desconcertante, una especie de sentimiento que no logro definir.

Según ella, ahora es mi ama. No tengo ni idea de lo que significa eso exactamente porque nunca me han interesado este tipo de juegos sexuales o lo que demonios sean, pero lo que me hace, por perturbador que me parezca me gusta y además lo necesito.

Sus azotes me escuecen y me excitan sexualmente de un modo inquietante, pero también me liberan. Esta mañana, al igual que el otro día, sentía como con cada uno de ellos se escapaba parte de esa presión y ese estrés que me consumen día a día. Es una sensación tan extraña que me cuesta explicarla, pero al acabar, aunque sienta ganas de llorar, me siento bien, más relajada, aunque también más vulnerable.

Quizá para otros este rol visto desde la posición sumisa pueda parecer humillante, pero no lo es, hace que me sienta protegida. Valeria me proporciona una vía de escape y me ayuda a canalizar mi ira y mi dolor dejándolos salir poco a poco con cada uno de esos azotes. Mi problema es que tengo tanta últimamente que creo que me va a costar limpiarme del todo.

—¿Qué piensas?

Madre mía, me he quedado medio en trance delante de ella y me observa con ojos interrogantes.

—Nada, me he distraído un momento.

—Mientes.

¿Cómo que miento? ¿Qué coño sabe ella? Ni que estuviese en mi cabeza.

—No miento, tráeme un café solo, por favor—le pido para zanjar el tema.

—Esto no va así, Ingrid—dice inclinándose hacia delante para dedicarme una mirada chulesca.

Sus ojos se clavan en mi escote y los míos en sus labios. No entiendo nada, ¿de dónde sale este poder que ejerce sobre mí? De repente, lo único que siento es un deseo irrefrenable de besarla y mi entrepierna comienza a palpitar con frenesí.

—¿Y cómo va? —pregunto desafiante.

—Yo no soy tu esclava, te traeré algo si yo te lo ofrezco, no si tú me lo pides.

—Te recuerdo que trabajas para mí.

—Soy tu secretaria, en mi contrato no pone nada sobre traerte cafés.

—Ni tampoco sobre azotarme o besarme.

Me cago en todo, me estoy deshaciendo por dentro. Deseo que me bese, que me toque, que me pegue y que me folle sobre esta mesa. Trago saliva mientras ella sonríe con malicia como si pudiese leerme la mente y se levanta.

Mis ojos se clavan en su culo mientras camina hacia la puerta con la intención de salir y me levanto de inmediato.

—Espera, Valeria, ¿a dónde vas? —le pregunto desesperada como si fuésemos dos amantes que han discutido.

Si me dicen que alguna vez me iba a ver en esta tesisura hubiese tomado por loco al dueño de esas palabras.

—Al baño, después te traeré ese café, pero que te quede claro que no es porque me lo hayas pedido, es porque necesito que te tengas en pie para poder castigarte.

—¿Castigarme?

No realizo la pregunta asustada, todo lo contrario, solo me ha faltado dar saltitos de alegría porque la palabra castigo significa que sus manos acabarán sobre mi trasero y solo de pensarlo me deshago.

—No quiero café, castígame ahora—le pido adelantándome para cerrar la puerta de un portazo.

—¿Suplicas por un castigo? —pregunta chulesca.

—Suplico porque me folles, me muero de ganas.

Que alguien me diga que esa frase no ha salido de mi boca, por favor. Los ojos casi se me salen de las cuencas cuando me doy cuenta de la barbaridad que acabo de soltar, creo que hasta ella se ha sorprendido, porque sonríe de medio lado mientras me observa de arriba abajo humedeciéndose los labios.

¿En qué momento ha pasado esto? ¿Cuándo he pasado de casi odiarla a darme cuenta de que me atrae? ¿Y qué es ese hormigueo intenso que se está expandiendo por mi pecho y bajando hacia mi vientre cuando se pega a mí?

—¿Quieres que te folle, Ingrid? —su pregunta susurrada en mi oído me nubla el juicio por completo, si es que me queda algo.

Trago saliva y muevo la cabeza afirmativamente porque se me acaba de quedar la boca seca.

—A mí también me apetece mucho follarte, ¿sabes? —afirma dejándome de piedra.

Que yo la desee a ella creo que es completamente lógico, es guapa, joven, descarada y enigmática, pero yo ya tengo una edad. No es que no me guste mi cuerpo, es simplemente pura lógica, esta chica puede tener a quién quiera, ¿por qué fijarse en una mujer que le saca por lo menos quince años?

—¿Me deseas? —pregunto incrédula.

—Desde el primer día—confiesa entornando los ojos—la primera vez que entré por esa puerta para hacer la entrevista quise ponerte de espaldas a la pared y lamerte entera.

—Dios santo, Valeria, cállate—le pido ardiendo por dentro.

—Si no estabas preparada para la respuesta, no haber preguntado. Ahora tienes los hechos ahí, yo también quiero follarte, pero eso es algo que tienes que ganarte.

—¿Qué? —pregunto indignada.

Pero bueno, ¿qué coño le pasa? ¿Va a dejarme así? ¿Chorreando y sin bragas?

—No hablas en serio, ¿verdad? ¿Tú sabes cómo me tienes ahora mismo?

Valeria se desabrocha el pantalón haciendo que mis ojos se abran como dos platos y mis cejas se eleven por la sorpresa. Se baja un poquito las bragas para mostrarme su pubis y toma mi mano y me invita a meterla por debajo de la tela.

—Quiero que toques para que compruebes hasta qué punto te deseo, Ingrid.

Y yo lo hago, turbada completamente, pero lo hago. Fuerzo mi mano a meterse entre sus piernas después de que ella las haya separado ligeramente y hundo un par de dedos entre sus labios. Un suspiro escapa de mi boca cuando noto la abundante humedad y el calor exquisito que desprende. De pronto lo único que deseo es arrancarle la ropa y entrar ahí con la lengua, pero en cuanto intento moverme chasquea con la boca y niega con la cabeza.

—Solo así—dice.

¿Solo así? ¿Quiere que la toque? ¿Es eso? Valeria apoya una mano en la puerta que a su vez hace de bloqueo por si entra alguien y solo entonces soy consciente de la irresponsabilidad que acabamos de cometer o, mejor dicho, que

acabo de cometer. Estoy tan cegada por el calentón que tengo, que por un momento he olvidado donde estamos. Cualquiera podría entrar y presenciar este disparate. ¿Qué demonios hago? Valeria es mi empleada, incluso podría denunciarme por acoso si se lo propusiera, aunque todo sea consentido y provocado por ella.

¿Estoy dispuesta a jugarme todo aquello por lo que he luchado tanto? La respuesta es evidente, no, no estoy dispuesta, pero estoy tan cachonda que no logro encontrar la voluntad necesaria para detener esto y comienzo a masajear el sexo de Valeria con determinación. Cada suspiro que le arranco me provoca un espasmo entre las piernas que me desespera todavía más y la admiro sorprendida por su temple.

Valeria se mantiene firme, posicionada con las piernas abiertas y la mano izquierda bloqueando la puerta. La derecha la utiliza para bloquearme a mí, sí, justo eso, cada vez que trato de tocarla con mi mano libre me lo impide. Solo me permite estar ahí, en esa zona tan ardiente, suave y resbaladiza de su anatomía, masajeando mientras me relamo hasta que la penetro y presiono varias veces en esa zona abultada y rugosa y se acaba corriendo, acallando sus gemidos mordiéndose los labios y resoplando por la nariz.

Jesús, que autocontrol, yo estaría gritando como una loca y pidiéndole más. Cuando se calma, sonrío satisfecha y me invita a retirar la mano. Después se abrocha los pantalones como si nada y me mira como una auténtica bruja.

—Ahora ve a lavarte la mano, te traeré tu café.

Es broma, ¿no?

—¿Vas a dejarme así? —pregunto agitada.

—No todos los castigos tienen porque ser azotes.

Me miro la mano con la que acabo de follarla, todavía la tengo brillante por su humedad y me tiembla del esfuerzo y también de la desesperación que tengo. ¿Cómo va a dejarme así? Si estoy tan excitada que como me roce con un dedo me correré como una perra.

—No puedes hacerme esto—digo enfadada.

—Claro que puedo—responde seria—y ni se te ocurra tocarte en el baño, si lo haces lo sabré y el castigo será mucho peor.

Valeria sale del despacho y yo permanezco inmóvil durante unos segundos mientras trato de procesar lo que acaba de pasar. ¿Puede un ama hacer esto? La verdad es que no tengo ni puta idea de lo que puede hacer, así que voy al baño que tengo en el despacho, me lavo las manos y cuando me siento en mi mesa me pongo a buscar información al respecto.

Me quedo alucinada con la amplitud de lo que abarcan este tipo de juegos, aunque algo relajada cuando leo en varios sitios que este tipo de relación, si es que puede llamarse así, es siempre acorde a lo que pactan ambas partes. Eso me alivia, sobre todo cuando veo que pueden ponerte pinzas en los pezones como castigo y eso no me hace ninguna gracia. Sin duda, Valeria y yo tenemos que sentarnos y aclarar en qué se va a basar lo que sea que estamos haciendo.

## Capítulo 11

—Buenos días, señora Miler—me saluda Gabriel abriéndome la puerta.

Que manía la de este hombre y la de todos con seguir llamándome señora, ya sé que no soy ninguna niña, pero que me traten así me hace sentir más mayor de lo que ya soy, y más desde que Valeria se ha cruzado en mi camino.

—Hola, Gabriel—saludo tratando de forzar la sonrisa, creo que esta vez me ha salido algo mejor que otros días. Voy mejorando.

Conforme entro en el edificio me siento igual de expuesta que ayer cuando salí de él. No llevo bragas y eso me hace sentir completamente desnuda de cintura para abajo a pesar de llevar la falda. Todavía no me puedo creer que le haya hecho caso a esa cría.

Hoy llego algo más tarde de mi hora habitual tras hacer un par de gestiones en el banco y cuando entro en el despacho, veo a Valeria ya enfrascada en sus tareas y mi corazón se encoge un poco cuando me enfoca pegada al teléfono y me sonrío.

—Buenos días—la saludo en un susurro pasando por su lado.

Dejo mis cosas, enciendo el ordenador y sigo revisando facturas. Al cabo de un par de horas y después de haberle pedido a Valeria un par de cafés utilizando la palabra por favor porque realmente los necesitaba y que ella me los haya traído, finalmente, doy por válidas todas las facturas hechas a clientes con un gasto mensual fijo. No he encontrado ninguna irregularidad en ellas y, aunque eso debería tranquilizarme un poco, no lo hace, porque ahora me quedan todos los demás y eso me puede llevar días.

Me imprimo un listado con el nombre de todas esas empresas para no dejarme ninguna y me lo dejo al lado del ordenador para ir tachándolas una a una conforme las haya comprobado.

Me estiro como una gata para tratar de colocar mis huesos en su sitio y que se me muevan todas las articulaciones, sé que es de mala educación, pero necesito hacerlo porque me estoy quedando acartonada y me duelen mucho las cervicales de pasar tantas horas en la misma posición.

Tras suspirar de cansancio, veo que Valeria me mira y se pone en pie. Tomo aire, eso hace que recuerde que no llevo bragas por su culpa y todavía no ha hecho ningún comentario al respecto.

—Hora de comer—dice mientras coge su bolso.

Joder, como el tiempo se me siga pasando así de rápido voy a envejecer diez años frente a la maldita pantalla.

—Buen provecho—le deseo sin apenas levantar la vista.

Escucho sus pasos hacia mi mesa y la observo sin comprender nada.

—Levántate y coge tus cosas, hoy me invitas a comer—más que una orden es un hecho, como si ya lo hubiésemos pactado.

—¿Te invito a comer? —pregunto estúpidamente.

—Así es, venga, que tengo hambre.

No me puedo creer que me ponga tanto recibir órdenes de ella, pero así es, en cuestión de dos minutos ya he recogido y las dos nos dirigimos al aparcamiento. Acepto órdenes, pero no pienso comer con ella en el mismo restaurante que todos, ya bastantes cuchicheos deben haber por habernos visto tanto juntas últimamente.

—¿A dónde me llevas? —pregunta abrochándose el cinturón como una niña emocionada.

—Tranquila, es un restaurante normal y corriente.

—¿Crees que no puedo comportarme en un restaurante para pijos?

—No he dicho eso—respondo confusa, ¿quieres discutir ahora?

—Era broma—se ríe la muy imbécil.

Ya en el restaurante mientras esperamos a que nos traigan los primeros platos, decido que es un buen momento para aclarar nuestra situación.

—Tengo varias preguntas, Valeria.

—Tú dirás—dice apoyando los codos sobre la mesa para mirarme con interés.

—He leído algo sobre esto de sumisión y he visto que se pueden pactar normas.

Valeria sonrío con picardía y se echa hacia atrás para recostarse en la silla y enfocarme con cierta chulería.

—¿Tienes miedo?

—No tengo miedo, pero paso de que me pellizques los pezones o me controles con un huevo vibrador—aclaro

mientras ella rompe a reír a carcajada limpia.

A mí no me hace ni puta gracia, para mí esto es serio y...

—No lo consideres una relación de *domina* y sumisa—dice poniéndose seria.

—¿Domina? —pregunto confusa.

—Es lo que sería yo, la dominante, y tú mi sumisa, pero eso no es relevante. Yo no práctico ese tipo de juego en todo su contexto, no me gusta.

—¿No? —pregunto estupefacta.

—No—sonríe ella como si yo hubiese tenido que saberlo de antemano.

—¿Y entonces? No comprendo nada.

—A mí lo que me gusta es dominar en el sexo, tener el control en todo momento me vuelve loca.

Estoy a punto de decirle que conmigo puede hacer lo que quiera, pero decido contenerme, no quiero parecer tan fácil, aunque para ella está claro que lo soy, me siento incapaz de negarle nada.

—¿Y los azotes? —pregunto más confusa que antes.

—Bueno, son pequeños juegos, unos azotes con la mano o con un látigo, esposar a la cama, vendar los ojos, unos cubitos de hielo...

Como no se calle empiezo a tocarme.

—Son cosas que muchas parejas hacen sin necesidad de que haya una dominación, son juegos eróticos que añaden una dosis extra de sensaciones al sexo.

—¿Y por qué dijiste entonces que te pertenezco?

—Porque te gusta, noto que te vuelve loca que te azote y te controle, y la verdad es que a mí también me gusta hacerlo. No había sentido la necesidad de hacerlo nunca con nadie, pero contigo es diferente.

—¿Por qué? —pregunto casi atragantándome con el agua.

—No lo sé—se sincera encogiéndose de hombros—allí en la mazmorra, cuando te vi tan vulnerable tras dejarte el culo como un tomate sentí una especie de conexión extraña contigo, pero respondiendo a tu pregunta anterior—dice evitando decir más de lo que quiere—no temas, jamás te haré nada que no te guste. Siempre te avisaré antes.

Si no sabía cómo encontrar el modo de preguntarle por su otro trabajo, ella misma me lo acaba de poner en bandeja.

—¿Por qué trabajas allí, Valeria? Creo que te pago un buen sueldo como para que no tengas que buscar un segundo empleo. Pensé que quizá lo hacías porque te gustaba ese rollo, pero ahora me dices que no y sinceramente, no comprendo nada.

—No es que no me guste, no te equivoques, practicarle allí me gusta. Castigo a mis clientes y me divierte hacerlo, pero fuera de ese ámbito me gusta a unos niveles mucho más suaves.

Cada vez que abre la boca me deja más confusa. Callamos un segundo cuando el camarero viene a llevarse los platos vacíos y anotar los postres y sigo.

—¿Entonces trabajas por necesidad allí?

—No sabía que fueses tan cotilla—dice sonriendo.

Ni yo que ella fuese tan bonita y una compañía tan agradable cuando estamos fuera del trabajo.

—Es que no lo comprendo, ¿te pago poco en tu opinión?

—El sueldo está bien, Ingrid, da para llegar de sobra a fin de mes, el problema es que estoy estudiando y eso me cuesta una pasta.

—¿Estudiando?

—No me mal interpretes, me gusta mi trabajo, pero no aspiro a ser secretaria toda mi vida. Fui una mala estudiante en mi época, Ingrid—confiesa con una mueca que me divierte—si no llega a ser porque mis padres estuvieron muy pendientes, no habría terminado el grado superior de secretariado ni en broma.

—Vaya—digo sorprendida, lo cierto es que con lo inteligente que me parece daba por hecho que tuvo que ser una empollona.

—Me lo saqué por los pelos con una nota pésima—sigue explicando—era muy alocada entonces, solo quería independencia y encontrar un trabajo cuanto antes, así que me lo saqué y dejé de estudiar.

—Y ahora has sentado un poco la cabeza y aspiras a más.

—Exacto, quiero sacarme una doble titulación de ADE y derecho, y aunque la nota de corte no es muy elevada, no llego para que me admitan en la pública, y la privada me está costando un ojo de la cara.

—Espera, ¿estás matriculada?

—Te he dicho que estoy estudiando—dice poniendo los ojos en blanco—este año acabo tercero.

—¿Y de dónde sacas el tiempo? —pregunto alucinada.

—Lo hago a distancia en las horas que tengo libres—dice encogiéndose de hombros.

—Pero si apenas tienes tiempo.

—No necesito mucho—sonríe con malicia—fui mala estudiante porque estaba alocada, no porque no se me diese bien—añade elevando una ceja con chulería—no estoy teniendo ningún problema para aprobar.

—Vaya...

—Ahora abre las piernas.

Su cambio de tema me coge tan desprevenida, que la cuchara con la que me estoy comiendo mi trozo de tarta de queso se me cae de la mano haciendo que los de la mesa de al lado se giren para mirarnos.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído, ¿crees que he olvidado la orden que te di? Te pedí que no te pusieras las bragas y más vale que hayas obedecido—amenaza poniéndome tan cachonda que ya no puedo seguir comiendo.

—¿Quieres que me abra de piernas aquí? —susurro incrédula.

—Así es, venga.

Apoyo bien la espalda en la silla y después de mirar a un lado y a otro como si todos supiesen la guarrada que estoy a punto de hacer, separo las piernas todo lo que me permite la falda sin comprender qué pretende con esto hasta que tira su cuchara al suelo sin ningún disimulo y se agacha a cogerla.

Por el amor de Dios, Valeria se queda agachada más de la cuenta y yo siento como mi sexo hace palmas al saber que su mirada está clavada en él.

—Buena chica—dice con las pupilas dilatadas cuando se incorpora—paga esto que nos vamos, necesito follarte ahora mismo.

Trago saliva a la vez que cierro las piernas y levanto el brazo para avisar al camarero y pedirle la cuenta.

Salimos del restaurante y todavía me sorprende de sostenerme en pie, tengo las piernas temblando de anticipación.

—Has sido obediente y eso tiene recompensa—me susurra cuando me sitúo junto a mi puerta en el coche.

Valeria me abre la puerta y me pide que me siente.

—Ahora pon el contacto y baja tu ventanilla.

Obedezco con el corazón latiéndome entre las piernas con necesidad y cuando la ventanilla se baja, ella cierra mi puerta y se apoya con los brazos desde el exterior.

—¿No subes? —pregunto sin comprender nada.

—No, Ingrid—susurra con una maldad que me preocupa—voy a follarte ahora.

—¿Qué? ¿Aquí en el aparcamiento? ¿Estás loca?

—Súbete la falda hasta la cintura.

Su orden es clara y concisa. Está tan seria y me mira de un modo tan exigente que entiendo que habla totalmente en serio. Siento un escalofrío cuando veo que la gente entra y sale del restaurante reparando en nosotras sin mayor interés, pensando que solo somos dos mujeres que hablan un poco antes de despedirse después de haber comido juntas. Si supieran lo que pasa, joder, la idea de sentirme tan expuesta acaba de doblar mi excitación.

—Te he dicho que te subas la falda y no lo voy a repetir, Ingrid.

Levanto el culo y obedezco de inmediato, ya conozco su determinación y de igual modo que ha decidido recompensarme, puede decidir castigarme y eso ahora mismo sería catastrófico para mi entrepierna.

—Bien—dice complacida—ahora ábrete bien de piernas, sepáralas al máximo y déjame ver todo ese brillo desde aquí.

Lo hago sin dudar y trago saliva cuando sonriendo con maldad, mete su brazo izquierdo y lleva su mano hasta mi sexo.

—Madre mía—jadeo enloquecida al sentirla sobre mí.

Su tacto me ha provocado una descarga electrizante y el hormigueo me recorre en todas direcciones. Todavía estoy tratando de lidiar con lo que siento cuando comienza a mover sus dedos con una habilidad que me parece desquiciante y cuela uno de ellos en mi interior.

Me agarro con ambas manos al asiento y trato de mantenerme cuerda y en una postura que no delate lo que está pasando. Una pareja sale del restaurante y nos dedica una mirada que se me antoja algo más curiosa, la posición de Valeria no es muy normal y si piensan mal acertarán.

—Nos van a pillar.

—Nadie se va a acercar tanto como para eso—susurra mientras ese dedo matador me estimula haciéndome suspirar sin descanso.

—Lo van a deducir—digo casi sin aliento—si no son tontos...

—Si no son tontos se pondrán cachondos como perros y se irán a su coche a follar, deberían darnos las gracias.

Madre mía, acabo de gemir como un animal y un señor que estaba a punto de entrar se ha girado y nos mira con los ojos como platos.

Me agarro con fuerza al volante cuando Valeria añade otro dedo y aprovecha la ocasión para presionar mi

clítoris.

—¡Joder! —grito golpeando el volante.

El burbujeo empieza a recorrer el camino que amenaza con llevarme a un orgasmo devastador y cierro los ojos con fuerza agarrándome al asiento de nuevo.

—Ahora depende de ti y de tú autocontrol—susurra otra vez—porque voy a hacer que te corras ahora mismo y como no te controles todo el mundo nos mirará—añade divertida.

—Valeria, no...

Iba a pedirle que entrase en el coche y me permitiese subir la ventanilla, pero la muy cabrona no me permite ni terminar la frase, y tal y como ha anticipado, realiza un par de movimientos que me hacen explotar como una bomba de relojería y no solo suelto un par de gritos que se oyen a dos manzanas, también golpeo el volante otra vez con la mala suerte de que doy contra el claxon y este suena llamando la atención de todo el mundo.

Valeria saca su mano de mi interior con una sonrisa de satisfacción que se le sale del rostro, y rodea el coche paseando con orgullo ante los cuatro curiosos que hay por aquí para subirse en el coche.

Yo, todavía jadeante y con el pulso disparado, me bajo la falda corriendo porque temo que alguno de ellos se acerque para reprendernos, o peor, llamar a la policía y denunciarnos por escándalo público.

Pongo el motor en marcha con las manos temblando y Valeria me detiene cuando trato de salir marcha atrás.

—Todavía no—ordena—ahora mismo no sabes ni lo que haces—se ríe la muy zorra—espera a que te calmes un poco y después nos vamos.

—No vuelvas a hacerme esto—digo tratando de coger aire.

—¿No te ha gustado? —pregunta alzando una ceja.

—Joder, claro que me ha gustado, ha sido...

Me tapo los ojos con una mano, madre mía qué calor tengo.

—¿Qué ha sido?

—Increíble, Valeria, ha sido increíble, coño.

Las dos acabamos riendo a carcajadas y me siento feliz, hacía mucho tiempo que no hacía nada tan espontáneo y disfrutaba de un momento así con nadie.

## Capítulo 12

Me despierto mucho más temprano de lo habitual, y como no puedo dormirme porque el recuerdo de lo que me hizo ayer Valeria en el coche me ha desvelado, me doy una ducha y me siento frente al portátil con un café bien cargado.

Como aquí no tengo la lista de todas las empresas, la vuelvo a buscar y me la dejo en una ventana para ir consultando. La tarea ya con la primera empresa se me hace muy ardua, tienen una gran cantidad de conceptos y comprobarlos uno a uno se me hace pesadísimo, pero no me queda otra.

Llega la hora a la que debería irme al trabajo, pero ya llevo tres empresas revisadas y estoy con la cuarta cuando al comprobar uno de los conceptos, ¡tachán! También aparece en blanco.

—No me lo puedo creer—digo notando como la ira crece dentro de mí.

De nuevo, toda la tensión que descargué ayer con Valeria ya no sirve de nada, porque acabo de encontrar a otro cliente al que también hemos cobrado de más y eso es inaceptable. Con el corazón acelerado y un calor irritante recorriéndome el cuerpo, me aseguro de que realmente la entrada está mal hecha y nadie ha rellenado el campo para justificar el motivo de ese cargo, cuando me encuentro con la sorpresa de que no aparece una vez, sino dos.

Tomo aire tratando de calmarme, pero no lo consigo. Busco el nombre de la persona encargada de la cuenta y veo que se trata de un tal Álex. Este sé quién es, un guaperas al que se le salen los ojos cada vez que Valeria pasa cerca de él. Si hubiese prestado la misma atención a su trabajo que al culo de sus compañeras, esto no hubiese pasado.

Cierro el portátil echa un basilisco y me presento en la oficina de tan mala leche, que incluso Gabriel solo me ha saludado con la cabeza en lugar de llamarme señora Miler.

Cuando las puertas del ascensor se abren, no voy a mi despacho. Me dirijo directamente hacia la mesa de Álex, descubriendo por el camino a un grupito de tres, dos chicos y una chica que cuchichean y se ríen mientras remueven un café.

—El café en vuestra mesa mientras trabajáis—bufo al pasar por su lado y pillarlos por sorpresa.

—Sí, señora Miler—responde una de ellas.

Me detengo en seco y cojo aire. Mejor que no me gire u hoy acabo despidiendo a media empresa.

—El otro día un cliente se quejó porque le habíamos hecho un cargo injustificado en la factura del mes—digo para todos mientras me planto ante la mesa de Álex, que me observa con los ojos a punto de saltar como dos muelles —hoy acabo de descubrir el mismo error en otra factura, una que has emitido tú—digo mirándole fijamente ante la perplejidad de todos.

Álex palidece y veo como su nuez se mueve de arriba abajo mientras traga saliva.

—¡No podemos ser así de incompetentes, joder! Más vale que estéis atentos a lo que hacéis y os dejéis de cafetitos y pastitas para cumpleaños, aquí se viene a trabajar. Como encuentre otro error como estos voy a empezar a tomar medidas.

Tras eso me doy la vuelta y me dirijo a mi despacho sin mirar a nadie a los ojos para no fulminarlo. Veo que Valeria se ha asomado a la puerta alarmada por mis gritos y me mira con el ceño fruncido mientras entro sin decirle ni buenos días.

Joder, que mala hostia tengo.

—Creo que te has pasado—dice en cuanto cierra la puerta.

Lo que me faltaba, tengo una pandilla de incompetentes a los que les pago por hacer un trabajo que no hacen y la que se pasa soy yo.

—¡Valeria, métete en tus cosas, no te quiero escuchar en toda la mañana! ¿Entendido? —ladro iracunda— bastante tengo con todo el trabajo extra que voy a tener que hacer como para que vengas tú a darme lecciones de moral.

Se sienta en su mesa sin contestar nada y yo lo hago en la mía resoplando. En el fondo sé que tiene razón, que me he pasado, sobre todo porque algo me dice que lo que pasa aquí es otra cosa. Un empleado puede equivocarse como le pasó a Sandra y es aceptable porque somos humanos, aunque yo me ponga hecha una furia, pero que se equivoquen dos personas diferentes con el mismo concepto no es lógico, las posibilidades de que eso suceda son muy remotas y lo sé, y aun así no he podido controlarme porque todos tienen razón, soy una zorra sin escrúpulos, una amargada que se está viendo sobrepasada y que no sabe pedir ayuda.

Abro una botella de agua y bebo para intentar relajarme e hidratarme la garganta, se me ha quedado la boca seca con tanto grito que no tengo muy claro que haya sido justificado.

Me paso las siguientes horas con los ojos clavados en la pantalla, masajeándome las sienes y tomando un par de analgésicos para el dolor de cabeza porque llevo nueve empresas revisadas y he encontrado el mismo fallo en cuatro de ellas.

Al principio he anotado los nombres para mirarlo después con detalle, cuando ya tenga identificadas todas aquellas a las que al parecer hemos cobrado de más. Pero llegado un punto me detengo y me centro en buscar otros conceptos por si ese no es el único que está mal, hasta que me doy cuenta de que todo lo que hago es absurdo, me estoy colapsando para nada cuando sé que si filtro para que solo salga ese concepto en cuyo campo de todos pone “sin datos registrados” encontraré todos los clientes afectados.

¿Por qué no lo he hecho ya? Quizá porque me da pánico ver el resultado. Me froto las sienes otra vez, trago saliva como si así me armase de valor y tras filtrar, le doy a aceptar y la lista que me sale es tan larga que no cabe en la pantalla.

—Dios mío—digo echando la silla hacia atrás como si así pudiese coger más aire.

—Bueno, se acabó—dice Valeria de repente acercándose a mí—vas a contarme ahora mismo qué cojones pasa, porque como te sigas poniendo blanca te voy a tener que llevar a urgencias.

Niego con la cabeza, no sé ni por dónde empezar. Me siento tan sobrepasada que ahora la congoja ha vuelto para tomar el control de mi garganta.

Valeria frunce el ceño y pasa a mi lado de la mesa sin pedir permiso y observa la pantalla con atención.

—¿Qué estoy viendo? —pregunta mirándome un momento.

—Todas las empresas a las que hemos emitido mal la factura de este mes. Dios santo, no quiero saber lo que pasará si compruebo los meses anteriores.

La cabeza me va a explotar, aun hemos tenido suerte de que solo un cliente se haya quejado. Ese tipo de campos no es algo que se suela revisar porque ni el propio cliente suele apuntar el motivo de la consulta cuyo cargo sabe que le cobraremos después. Son lo que se puede considerar en una empresa como gastos varios.

—¿En todas estas hay el mismo fallo? —pregunta elevando las cejas.

—Sí, a todas se les ha cobrado por consultas que está claro que no hemos hecho. Fíjate—le muestro una como ejemplo—se le ha cobrado ese concepto cuatro veces, pero solo hemos justificado el motivo en dos de ellas.

—No te sigo.

—Así se ha hecho siempre, Valeria, cada consulta que atiende uno de nuestros gestores es anotada en el campo correspondiente, básicamente por esto, porque si un cliente nos pregunta a qué se debe el cargo, nosotros podamos decirle el motivo. Ellos no suelen recordarlo, te pueden hacer una o cinco consultas en un mes, o veinte.

—De acuerdo—dice apagando la pantalla de mi ordenador.

—¿Qué coño haces?

—Recoge que nos vamos a tu casa. Lo revisaremos las dos tranquilamente y te juro que encontraremos el problema, pero vamos a salir de aquí antes de que te dé un infarto.

Cedo. Estoy tan sobrepasada ahora mismo que sin mediar palabra, dejo que ella meta el portátil en la funda, cojo mi bolso y cuando ella recoge sus cosas, salimos al aparcamiento y Valeria me sigue en su coche hasta mi casa.

## Capítulo 13

Todo se me hace muy raro cuando entro en mi casa seguida de Valeria, que lo observa todo con expresión de asombro.

—¿Esperabas una mansión? —pregunto sorprendiéndola.

—No te imaginaba tan humilde. Quiero decir, pensé que tendrías una casa enorme decorada con cosas extravagantes que ni siquiera te gustarían.

—¿Esa es la imagen que doy? —pregunto angustiada.

—El problema es que no das ninguna imagen, Ingrid, eres hermética e inaccesible y todo el mundo en la oficina te tiene por una estirada con un palo metido por el culo. Perdona por la sinceridad, pero es que me jode.

—¿Te jode? —pregunto casi divertida.

No es que me guste que opinen eso de mí, pero están en su derecho teniendo en cuenta que Valeria tiene razón, y no solo me muestro inaccesible, sino que últimamente soy como un putito demonio que deambula por allí en busca de alguien contra quién descargar su ira.

—Sí, me jode que seas así y no dejes que los demás vean lo que veo yo.

—¿Y qué ves tú?

—A ti—dice plantándose ante mí—a la mujer que se esconde debajo de esa fachada de borde, y me gusta lo que veo.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba.

—Hago lo que puedo, Valeria, pero últimamente estoy que me subo por las paredes con todo este follón—me excuso a la vez que saco el portátil y lo pongo sobre la mesa.

—¿Qué haces? —pregunta interponiéndose entre el aparato y yo.

—Acabar el trabajo, tengo que descubrir qué demonios pasa—respondo inquieta.

—Ahora no vas a descubrir nada.

—¿Cómo dices?

—Te has comportado como una auténtica zorra y eso se merece un castigo. Enséñame tu habitación.

Trago saliva y me estremezco de un modo extrañamente agradable ante la idea.

Le pido que me siga y cuando llegamos a la puerta la invito a entrar haciendo un gesto con la mano. Ella pasa sin dudarlo y lo observa todo con curiosidad. Pasa la mano por encima de la tela de la cama y pasea hasta el otro lado donde hay un sillón que solo está ahí para rellenar el hueco y hacer que la habitación no me parezca tan grande.

—Es perfecto—dice orgullosa antes de sentarse—pasa y ponte justo aquí—me pide señalando delante de ella.

Camino despacio sintiendo un incesante hormigueo en el estómago.

—Ahora quítate toda la ropa sin moverte de ahí, todo menos los tacones.

Y así lo hago. Con cada prenda que me quito mi sexo palpita de anticipación y mi corazón se desboca cada vez más. Cuando libero mis pechos, tengo los pezones como el timbre de un castillo y la piel erizada. Dejo caer mis bragas y sin saber por qué, separo las piernas y me abro para ella, que me observa con los labios entreabiertos y mirada gatuna.

Se inclina hacia delante y pasa su dedo índice desde el centro de mis pechos hasta mi pubis en un recorrido lento y tortuoso que me desespera cada vez más. Llega hasta mi sexo y traza varios dibujos mortalmente desquiciantes sobre él, hasta que se cuela entre mis labios, localiza mi clítoris y lo pellizca suavemente, pero con la intención de provocar un mínimo dolor.

Yo doy un respingo y mi excitación se multiplica por dos sin que consiga entender por qué ese tipo de dolor me produce placer.

Valeria se pone en pie y me hace girar sobre mi propio eje. Acaricia mi espalda dejando caer sus dedos por ella hasta llegar a mi coxis. Dedicar su atención a mi nalga izquierda como solo ella sabe hacerlo y cuando pienso que voy a deshacerme, ¡plas! Una cachetada me hace dar un respingo.

—Sube a la cama—me susurra—y ofrécame ese trasero tuyo que tanto me gusta.

Todavía con el escozor del azote acalorando mi nalga, me subo a la cama a cuatro patas, apoyo la frente sobre el colchón estirando los brazos por delante y le ofrezco mis nalgas para que haga con ellas lo que quiera.

Recibo dos cachetazos seguidos, uno en cada una que me hacen contener la respiración y también esa sensación

de aproximación al orgasmo que crece entre mis piernas con cada nuevo azote. Esta vez Valeria no tiene compasión, ni me pide que cuente ni yo lo hago, solo recibo un cachete tras otro que alterna entre ambos lados hasta que de pronto se detiene y sin que me lo espere me penetra con dos dedos haciendo que me corra en el acto y me quede jadeando sobre la cama con la congoja instalada en mi garganta de nuevo.

Me giro hacia ella colocándome bocarriba y la encuentro quitándose la ropa mientras me observa. Yo le sonrío con sinceridad al mismo tiempo que mis ojos se encharcan con lágrimas que mezclan mi amargura con la felicidad que me hace sentir ella.

—No te contengas, llora lo que tengas que llorar—aconseja cuando la última de sus prendas cae al suelo.

No había visto a Valeria desnuda hasta este momento y durante el tiempo que tarda en subirse por la cama para llegar hasta mí, contengo el aliento todavía sorprendida de que haya decidido pasar su tiempo conmigo cuando está claro que podría tener a cualquiera.

Se tumba a mi lado recostándose sobre su codo derecho después de darme un cálido beso en los labios que logra que no pueda contenerme más y me rompa hecha un mar de lágrimas.

No sé por qué motivo no me da vergüenza llorar delante de ella, Valeria me transmite algún tipo de energía positiva que me hace sentir segura a su lado a pesar de que yo soy la jefa y ella mi empleada.

Lloro mucho y lo hago sin contenerme ni un poco mientras ella me observa y me regala pequeños besos por la cara y por la frente.

—No sé por qué me pasa esto—lloriqueo a la vez que se me escapa una pequeña sonrisa.

—No solo los orgasmos ayudan a liberar tensión, el dolor en esas pequeñas dosis a ti te funciona, y si mezclamos las dos cosas—dice sonriendo—el resultado es que te rompes y dejas salir toda esa mierda que te consume a diario.

—No quiero que me consuma—reniego suspirando mientras me hago con un pañuelo del cajón para secarme las lágrimas.

—En ese caso tendré que azotarte y castigarte a diario—se ríe permitiendo que me tumbe sobre ella a pesar de que todavía hay algunas lágrimas que se resisten a permanecer dentro de mis ojos.

Inicio un recorrido de besos por todo su cuerpo y me entretengo en cada zona como nunca lo he hecho antes con nadie. El sabor y el olor de Valeria son como una droga para mí y cuando llego a sus pezones casi me vuelvo loca lamiendo y chupando mientras ella me regala diminutos suspiros que me hacen desearla cada vez más.

Acaricio su muslo izquierdo con la palma de la mano y la invito a doblar la pierna para abrirse y permitir que mi boca tenga pleno acceso a su sexo.

—Joder, Ingrid—suspira jadeante—no sabía que se te diese tan bien esto.

Me lo tomo como un cumplido y sonrío entre sus piernas mientras sigo lamiendo y chupando su sexo con determinación. Succiono su clítoris unas cuantas veces haciendo que se retuerza como una culebra bajo mi cuerpo y después lo sopro y lo acaricio un par de veces con la punta de la lengua.

—Me estás matando—suelta en un jadeo desesperado.

Decido no torturarla más, y sin dejar de atrapar esa diminuta parte de su cuerpo que tanto placer le produce con la boca, introduzco un dedo en su vagina y lo muevo acompasándolo al ritmo de mi lengua hasta que ella explota de placer.

Valeria grita de forma continuada con cada sacudida producida por el orgasmo y yo por poco me derribo escuchándola, joder, su voz está cargada de un erotismo que me pone tan cachonda, que acabo corriéndome también con un mínimo roce de las sábanas.

Tras recuperar el aliento, me arrastro hacia su lado y esta vez soy yo la que la besa a ella mientras sonrío todavía atontada por el efecto del orgasmo.

—Creo que me gusta mucho follar contigo, Ingrid—reconoce riendo.

—Pues es un alago teniendo en cuenta la cantidad de gente que debe pasar por tu mazmorra.

Valeria se gira y me enfoca con una mirada divertida y a la vez incrédula que no logro comprender.

—¿Crees que me follo a mis clientes? —pregunta con asombro.

Me parece que me estoy perdiendo algo, está claro que soy una anticuada.

—Bueno, yo...

—Ya, ya sé que a ti te follé—se adelanta—pero no es algo que haga con nadie.

—Ahora sí que no te entiendo—digo completamente confundida.

—Cuando un cliente reserva una sesión en la mazmorra, antes nos tiene que decir lo que quiere que pase, lo que le gusta o dónde están sus límites, pero todo esto no significa que tenga que haber sexo propiamente dicho.

—¿No?

—Claro que no—sonríe haciéndome sentir un poco tonta—hay gente a la que lo que realmente le pone es la sumisión, la dominación y el castigo, pueden llegar a unos niveles de excitación que ni te imaginas y acabar en un

orgasmo sin necesidad de que haya una penetración u otro tipo de contacto.

—¿Entonces no hay sexo?

—Puede haberlo si el cliente lo solicita.

—A ver si me aclaro—la interrumpo—cuándo yo fui allí, ¿ya estaba pactado lo que iba a pasar? ¿Jorge os dijo lo que quería?

—No exactamente—se ríe otra vez—tu compañero lo que contrató fue una sesión de iniciación, algo que os mostrase poco a poco en que consiste ese mundo, mi labor era tantearos y buscar vuestros límites.

—¿Entonces él no contrató que hubiese sexo? —pregunto confusa.

—No, si lo hubiese hecho os habrían asignado a alguna de mis compañeras, yo no acepto nada que implique eso, ya te dije que a mí lo que me gusta es dominar en la cama, en mi intimidad, pero la verdad es que allí me lo paso muy bien asumiendo mi papel de dominante, aunque no te lo parezca es muy satisfactorio ver que consigues tu objetivo y que la otra persona se lo pasa tan bien y se siente libre.

—¿Libre?

—El BDSM es algo que a ojos de muchos es todavía un tema un poco delicado, hay muchísima gente a la que le gusta y le despierta curiosidad y que no se atreven a probarlo porque piensan que están haciendo algo malo o tienen algún problema aquí—dice tocándose la cabeza.

—La verdad es que, para mí, más que tabú, era un tema completamente desconocido—confieso—si Jorge no lo hubiese contratado a mí jamás se me hubiese ocurrido, pero no por ningún motivo en especial, es simplemente que no sentía esa curiosidad.

—A veces llega mucha gente que lo que busca es una experiencia nueva, lo hacen solo por probar como en vuestro caso, a él no le gustó y a ti te encanta que te azote cuando te portas mal—se burla haciéndome recordar lo mucho que me arde el culo todavía por culpa de sus azotes.

—Hay algo que no comprendo.

—Dime.

—No follas con tus clientes, pero...

—¿Quieres saber por qué lo hice contigo? —afirmo con la cabeza—no te puedo responder porque no lo sé. Tú parecías necesitarlo de forma desesperada y a mí de repente me entraron unas ganas que me fue imposible contener. No me había pasado nunca con nadie, pero contigo, joder, desde que te vi al entrar me hiciste sentir algo extraño. Yo estaba acostumbrada a ver a la mujer de hielo, estaba convencida de que eras de otro planeta y que no había nada que pudiese afectarte o alterar tu templanza.

—No me gusta ser así—musito entre dientes para mí, aunque ella me escucha.

—Y no eres así, poco a poco me fuiste dejando ver que eras de carne y hueso, y cuando vi como temblabas y resoplabas cuando te azotaba, aquella forma de hacerlo—dice meneando la cabeza—percibí que todo lo que salía era lo que tú no dejabas ver a nadie, había encontrado tu punto débil, la manera de que te liberaras de toda tu mierda. Eras tan vulnerable en aquel momento que solo quería protegerte y a la vez darte lo que necesitabas, fue todo muy raro.

—Lo siento.

—No lo sientas—sonríe alzando una ceja—pensé que aquello simplemente se quedaría en eso, en un momento extraño y muy íntimo que habíamos compartido las dos y que no se iba a repetir, pero después te vi el lunes en la oficina y madre mía, sentí un pinchazo aquí—dice señalando el centro de su pecho—y un deseo irrefrenable de repetir, de castigarte y de tomar tu cuerpo cuando me apeteciese.

Nos quedamos en un silencio agradable mientras proceso lo que acaba de decirme. No me lo esperaba, estaba convencida de que para Valeria soy solo un juego basado en el reto de dominar y someter a la jefa hija de puta que tiene, pero parece que tras eso hay algo más, y joder, me gusta que lo haya.

—¿Por qué no lo dejas? Te puedo subir el sueldo y no tendrías por qué tener dos empleos.

Hay veces que creo que es mejor que me quede calladita, la mirada de sorpresa de Valeria ante mi oferta no tiene precio, lo raro es que no me esté ladrando. Ella no es de esas mujeres que necesita que nadie le saque las castañas del fuego ni de las que pide ayuda, eso he podido verlo desde que trabaja para mí. Es resuelta y eficaz, aunque no sepa estarse calladita. ¿Cómo demonios se me ha ocurrido ofrecerle algo así?

—Perdona, no he dicho nada—me disculpo con rapidez mientras ella me dedica una mirada en la que percibo que le divierte el apuro que acabo de pasar.

—No te preocupes, ¿te importa si me doy una ducha? —pregunta zanjando el tema tras morderme un pezón.

—No, claro que no.

Cuando ella se encierra en el baño yo me quedo tirada en la cama en la misma posición que estaba, reviviendo en mi cabeza lo último que le he dicho. Creo que, sí que tengo claro el motivo de mi oferta, no soy tan estúpida como para no darme cuenta, la cuestión es muy simple, no quiero que sus manos toquen ningún cuerpo que no sea el

mío.

## Capítulo 14

Me despierto sobresaltada pensando que lo que ha pasado ha sido un sueño. Miro a un lado y a otro sin comprender nada, hace un momento Valeria se ha encerrado en el baño para darse una ducha y ahora no está en la habitación, pero en cambio sí que percibo un delicioso olor a comida que me hace salivar.

Me estiro y me giro hacia la mesita y veo sorprendida que son las ocho de la tarde. Me he debido de quedar dormida en algún momento, y la verdad es que me siento como nueva.

Completamente desnuda, salgo de la habitación y me dirijo a la cocina para comprobar que ese olor es real.

Me encuentro a Valeria vestida con una de mis camisetas y unas bragas, moviéndose descalza por la cocina hasta que se detiene frente al horno y se agacha frente a él para comprobar lo que sea que ha metido.

La visión de su culo me parece tan tentadora, que en lugar de darme la vuelta y dirigirme al baño, me acerco a ella y coloco mis manos en sus caderas invitándola a girarse.

—Vaya, ¿la señora Miler ya se ha despertado? —sonríe haciendo que mi corazón se agite.

—Si, y no me llames señora Miler, sigo siendo una señorita, aunque sea cuarentona.

—La cuarentona más sexi que he visto nunca entonces.

—No me hagas la pelota, por favor—digo tratando de disimular lo mucho que me ha halagado su cumplido.

Se pega a mí, agarra mis nalgas con fuerza apretándolas para recordarme que todavía me escuecen un poco y da un pequeño mordisco en mi cuello que me eriza la piel de medio cuerpo.

—Me he tomado la libertad de preparar la cena, espero que no te importe, tengo mucha hambre.

—Claro que no, si llego a saber que también sabes cocinar, voy a esa mazmorra mucho antes—bromeo provocando que ella entorne los ojos.

—No, si además tendrás sentido del humor y todo—dice la muy cabrona—venga, ve a ducharte mientras acabo de preparar esto.

Cuando salgo de la ducha me encuentro con la mesa puesta. Sobre ella, una fuente de ensalada y una lasaña con una pinta que hace que me deje caer en la silla conteniendo las ganas de comérmela como un animal.

—He improvisado un poco con lo que tenías por ahí, que no es gran cosa, por cierto—añade con los ojos en blanco—espero que te guste.

—Estoy segura de que me encantará.

—Pues al ataque, que ya no aguanto más.

Sonríe y yo misma sirvo una buena porción para cada una mientras ella llena dos vasos de agua con la jarra.

—¿Por qué no me has despertado? —pregunto curiosa mientras cenamos.

—¿Estás loca? ¿Sabes lo relajada que parecías? Te hubiese dejado dormir una semana si hubieses seguido, yo habría vigilado el fuerte—dice mirando la casa en general.

—Gracias, Valeria.

—¿Por qué? —pregunta con la boca llena.

—Por todo, pero sobre todo por aguantarme. Como tú dices, soy la mayor zorra que ha pisado la faz de la tierra, un ser insoportable, en estos últimos días más que nunca, y tú siempre estás ahí, da igual que sea para echarme la bronca, castigarme o hacerme la cena. Estás.

—Me gusta estar—dice muy seria—y además he hecho algo más que la cena.

—¿Algo más? ¿Qué has hecho? —pregunto intrigada.

—He revisado esas facturas que dices. Bueno, he cogido tu portátil y entrado en el programa con mi usuario, no pretendía usurpar tus cosas.

—Tranquila, salvo el portátil en sí, cualquier otra cosa está cifrada con contraseña, pero sigue hablando—le pido interesada.

—Lo que decía, he entrado a mirar esas facturas y he visto algo muy extraño.

—¿El qué?

—He comprobado varias decenas de todas esas entradas cuyo concepto está en blanco y tienen algo en común.

Valeria toma el vaso de agua y comienza a beber lentamente mientras disfruta de su momento de gloria.

—¿Me lo dices ya, por favor?

—¿Qué tal un redoble de tambores?

La mato.

—Joder, Valeria, ¡suéltalo ya!

—Vale, vale, está bien—se ríe—todas esas entradas las has hecho tú—me señala con su dedo acusador.

—¿Yo? ¿Es una broma? Porque si es eso, no tiene gracia. Yo no he podido hacerlas salvo que tenga algún trastorno de personalidad y no lo recuerde.

—No es ninguna broma, Ingrid—dice poniéndose seria—he comprobado el usuario que las ha hecho y eres tú.

—No puede ser.

—Lo sé, sé que tú no has sido, pero está claro que alguien sí.

—Dios mío—musito notando como me acaloro otra vez y mi pulso se dispara dejándome sin respiración.

—Relájate, Ingrid, estabas muy tranquila y no quiero que vuelvas a entrar en ese estado de agitación con el que te he encontrado esta mañana.

—¿Cómo no voy a entrar, Valeria? Alguien tiene acceso a mi usuario, y teniendo en cuenta que nadie sabe mi contraseña, solo puede ser que me hayan hackeado en el ordenador del trabajo, y ese alguien está manipulando las facturas y además tiene acceso a los datos de los clientes, ¿sabes lo grave que es eso? —expongo dejando los cubiertos para ponerme en pie.

—Vale, está claro que la cena ha terminado—bufa haciendo una mueca.

Valeria hace sitio en la mesa mientras yo doy vueltas por el comedor hasta que coloca mi portátil y lo enciende.

—Ven aquí—dice palmeando sus piernas para que me siente sobre ellas.

—¿Hablas en serio? —pregunto enfadada, adoro sus juegos, pero ahora no estoy para gilipollices.

—Muy en serio, ven, no me hagas enfadar.

Me cago en la puta, si es que me da una orden y me pone como una perra. Me siento sobre sus piernas y ella coloca el portátil de forma que las dos lo vemos bien.

—Quiero que te relajes, porque lo vamos a resolver, ¿de acuerdo?

—¿Cómo voy a relajarme, Valeria? —pregunto angustiada.

Ella besa mi cuello y se acerca hasta mi oído provocando que todo mi cuerpo se estremezca.

—Está claro que esto te sobrepasa y no puedes pensar con claridad, pero yo sí, y he pensado algo.

—¿El qué?

—Esas entradas erróneas que has encontrado. He sumado el importe que suponen, porque en mi opinión, lo que pasa aquí es que esa persona que te ha hackeado te está tangando.

—Me está, ¿qué?

—Robando, Ingrid, joder, ¿tú de qué mundo vienes? —pregunta pellizcando mi nalga haciéndome botar.

—De uno que se creó como quince años antes que el tuyo.

—¿Quince años? —pregunta atónita—¿tú no has mirado mi currículum o qué?

—No tengo tiempo para esas cosas, si necesito a alguien hablo con recursos humanos, que para eso están—contestó como la zorra en la que me convierto últimamente.

Valeria pone los ojos casi en blanco y me besa profundamente, metiendo su lengua en mi boca hasta que nos quedamos sin aliento y no nos queda otra que detenernos.

—Tengo treinta y tres años, Ingrid—jadea mientras yo sigo turbada por su beso—pero gracias por pensar que tenía algunos menos.

Los ojos se me abren como dos platos, no sé de dónde saqué yo que no llegaba a los treinta, pero si tuviese que calcular a ojo, no le echaría más de veintisiete.

—Te sigo sacando diez.

—¿Eso es un problema para ti?

—Solo si lo es para ti.

—A mí me gustan maduritas—susurra haciendo que me estremezca.

Que alguien detenga a esta mujer y el erotismo que desprende cuando habla, estamos con un tema delicado y cada vez que me susurra mojo las bragas un poco más.

—Bueno, ya seguiremos con esto nuestro de la edad y esas cosas—digo algo aturdida—ahora explícame por qué crees que me roban.

—Es solo una teoría, pero muy fácil de comprobar. He sumado el importe que suponen todas esas entradas falsas de las facturas del mes pasado.

En cuanto la escucho hablar la bombilla se me enciende y me pregunto cómo he podido ser tan tonta de no verlo antes. Valeria tiene razón, estoy tan sobrepasada con esto que no soy objetiva.

—La cantidad asciende a 2.576,45 euros, ahora solo hemos de comprobar si hay alguna factura de salida por ese importe.

—O varias que sumen ese importe—añado feliz al ver algo de luz por fin.

—Exacto, pero yo no tengo acceso a esa información, tienes que hacerlo tú.

Rápidamente, introduzco mi clave y voy directamente a facturación, donde introduzco un filtro por ese importe y de inmediato aparece una única factura que corresponde a la empresa a la que suelo comprar material de oficina.

—No entiendo nada, ¿en serio han sido ellos? —pregunto frotándome los ojos.

—No tiene porque—contesta Valeria.

Ella misma pulsa sobre la factura para abrirla y va directamente al contenido que supuestamente hemos comprado.

—Dos mesas, dos sillas y cuarenta cajas de folios—lee en voz alta.

—Yo no he comprado eso.

—Pues según esto sí, porque has autorizado el pago. Mañana solicitaré a la empresa que me envíe una copia de la factura y ya verás como no coincide la suya con la nuestra.

—Joder—me quejo volviendo hacia atrás.

—¿Qué haces?

—Comprobar desde cuándo pasa esto, Valeria, no tengo tiempo para revisar las facturas una por una, si son clientes con los que suelo trabajar me fío y simplemente autorizo el pago. Está claro que no puedo con todo y debo delegar este tema, esto es intolerable.

Valeria mira su reloj, son más de las once de la noche.

—Déjalo para mañana—me pide cariñosa—en la oficina lo miramos en cuanto lleguemos y decidimos el siguiente paso.

Su mano está entre mis piernas acariciando con suavidad por encima de la tela de mis bragas. Todavía no me explico cómo hemos llegado a esto, pero no quiero que pare.

## Capítulo 15

Llego al aparcamiento más fresca que una rosa, a pesar del problemón que tengo encima y de que no sé cómo puedo resolverlo, me siento feliz, hasta he venido tarareando canciones en la radio.

Valeria aparca justo a mi lado y nos saludamos como si acabásemos de vernos, pero no es así, hemos pasado la noche juntas y todavía estoy que no me lo creo.

—Buenos días, señora Miler, señorita Valeria—saluda Gabriel con un meneo de cabeza.

—Hola, Gabriel—contesto risueña. El hombre hasta me mira extrañado, porque creo que es la primera vez que lo saludo con ganas.

—Buenos días, Gabriel—contesta también Valeria—si quiere ganarse a la jefa, llámela señorita Miler, señora no le gusta—dice la muy idiota guindándole un ojo al pobre hombre, que sonrío sin saber qué contestar.

Llegamos a la puerta del ascensor y Valeria me detiene cuando voy a pulsar el botón.

—¿Qué haces?

—Tú subes por las escaleras.

No bromea, parece una puta orden.

—¿Por qué tengo que subir por las escaleras? —pregunto sin comprender que he hecho.

—Porque si subimos juntas te arrancaré la ropa y te follaré ahí dentro—me susurra haciendo palpar mi sexo.

Carraspeo para aclararme la voz, aunque sea muy tentador, está claro que ahora mismo es muy mala idea.

—¿Y por qué tengo que subir yo por la escalera?

Valeria me mira como si fuese evidente y me vuelve a susurrar.

—Porque cuando nos pongamos con el tema de las facturas te volverás a poner de mal humor, y he pensado que mejor quemas un poco de energía en las escaleras y así te mantengo mansa un poco más.

Las puertas del ascensor se abren y Valeria se cuele en su interior, se da la vuelta para dedicarme una mirada devoradora y las puertas comienzan a cerrarse mientras yo obedezco y me quedo fuera. Será zorra.

—¿No entra, señorita Miler? —me pregunta Gabriel sorprendido.

—No, hoy me apetece hacer ejercicio, subiré por las escaleras.

Cuando llego al despacho, Valeria ya ha colocado su silla al lado de la mía para que nos pongamos a trabajar y me mira aguantándose la risa.

—Espero que esto tenga recompensa—bufo todavía sin aliento.

Tengo que hacerme una nota mental y comenzar a hacer ejercicio a diario, he descubierto que estoy muy oxidada.

—Ya veremos—dice vacilante.

Valeria tenía razón, llevamos poco más de una hora con esto y ya estoy resoplando desde hace rato, el problema se remonta desde hace tres meses y en todas las ocasiones la salida del dinero se ha justificado a través de facturas de material.

—Deberíamos tener papel hasta el año dos mil cincuenta—bufo lanzando el bolígrafo de malas formas.

Valeria me dedica una mirada reprobatoria y yo suspiro y me froto las sienes. Si no fuese por ella creo que ya me habría vuelto loca.

Tal y como me dijo, ha solicitado las facturas a la empresa de materiales y no tienen nada que ver con las que yo tengo impresas sobre la mesa.

—El número de factura coincide, quiero decir, la real, que es esta—señala sacudiéndola en el aire—y la falsa, tienen el mismo número.

—A ver si me aclaro—digo suspirando—¿durante tres meses hemos pagado dos veces el mismo número de factura?

—Eso es.

—Ha tenido que ser el contable, ese larguirucho despeinado es el único que podría hacer algo así y tapanlo—digo enrojeciéndome de rabia—voy a hablar con él ahora mismo.

—Ni hablar—me detiene—iré yo.

—¿Tú?

—Sí, tú ahora mismo solo sabes ladrar, y necesitamos información, no que ese tío se cague en los pantalones— dice resuelta—ahora vuelvo. ¿No hace mucho calor aquí dentro? —pregunta ahuecándose la camisa antes de abrir la puerta.

—Sí—admito también—ahora hablaré con mantenimiento para ver si hay algún problema.

—De acuerdo, pero recuerda ser amable.

Le permito ir porque sé que tiene razón, si voy yo, en cuanto cruce la puerta de su despacho lo único que me saldrá de la boca serán sapos y culebras, y no quiero ser así.

Llamo a mantenimiento y el encargado me tiene casi diez minutos dándome unas explicaciones que no he pedido sobre por qué la calefacción está tan alta y lo que tiene que hacer para arreglarlo.

En una ocasión normal ya le habría gritado que no me explicase sus problemas, que solo me interesan las soluciones, pero recuerdo las palabras de Valeria y lo escucho con paciencia hasta que por fin cuelga.

Hablando de Valeria, ¿no está tardando demasiado?

Trato de mantenerme en el sitio, pero ya no puedo más y salgo de mi despacho. Cuando estoy llegando al del contable, veo a través de su cristalera como Valeria se hace una coleta alta y le sonríe al muchacho mientras siguen hablando de forma distraída. Seguro que al cabrón se le ha puesto dura, ¿qué está haciendo Valeria? ¿Seducirlo para que confiese? No pienso permitirlo, voy a entrar ahí y ese capullo me va a dar detalles hasta que me quede satisfecha o lo despido ahora mismo.

Me dirijo hacia la puerta a sabiendas de que lo que tengo es un ataque de celos que no me deja pensar, y en cuanto voy a poner la mano en la maneta, la puerta se abre y Valeria sale mirándome sorprendida.

—¿Qué haces aquí?

—Tardabas mucho—resoplo indignada.

Valeria comienza a caminar hacia el despacho y yo la sigo mordiéndome la lengua, pero solo hasta que entramos.

—¿Se puede saber qué cojones hacías? —le pregunto casi gritando.

—¿Se puede saber qué te pasa a ti? Hemos quedado en que te quedarías en el despacho.

—Claro, para que tú te colases en el de ese capullo para seducirlo, ¿has ido allí para hablar o para follártelo?

Dios mío, pero ¿qué acabo de decir?

Valeria vuelve a ahuecarse la camisa y mis ojos se pierden en su cuello desnudo mientras ella camina hacia mí.

—Así que estás celosa, ¿es eso? —pregunta con mirada intimidatoria.

Carraspeo mientras trato de calmarme y decido qué responder.

—Contesta—exige autoritaria.

Mis bragas vuelven a mojarse con efecto inmediato y asiento con la cabeza.

—Así no, responde, ¿estás celosa?

—Mucho.

—Eso me gusta, pero has sido desobediente y maleducada, y sabes lo que va a pasar ahora, ¿verdad?

Dios santo, de verdad que no entiendo cómo puedo pasar de estar hecha una furia a volverme loca de ganas de que me castigue.

—¿Ahora? —pregunto sintiendo que las piernas me flaquean.

—Si, ahora. Cierra la puerta.

Tengo que pensar seriamente en poner un cerrojo o una cerradura con llave en esta puerta si esto va a seguir así. Obedeciendo, la bloqueo con una silla y Valeria me espera sentada en la suya, con el pantalón y las bragas en los tobillos y las piernas abiertas.

—Hoy el castigo será diferente, me ha puesto muy cachonda tu ataque de celos—dice con las pupilas dilatadas.

No entiendo el castigo, para mi devorar su sexo es un regalo exquisito que practico lentamente y con esmero hasta que se corre entre espasmos y profundos suspiros contenidos que me hacen chorrear de excitación.

Cuando se calma, se coloca bien la ropa y me pide que vaya al baño a lavarme la boca. Es entonces cuando comprendo cuál es el castigo y no me puedo creer que sea tan zorra.

—Vas a estar aquí con las bragas mojadas el resto de la mañana, puede que así aprendas a obedecer—suelta con una sonrisa diabólica.

## Capítulo 16

—No ha sido él—suelta Valeria en cuanto salgo del baño.

—¿Cómo dices? —pregunto todavía un poco descolocada.

—Marcos, el contable—aclara—no ha sido él.

Me entran ganas de preguntarle si se lo ha dicho mientras le miraba las tetas, pero me contengo porque ya tengo suficiente con haberme aguantado un calentón.

—¿Cómo lo sabes?

—Es demasiado tonto como para hacer algo así, créeme, Ingrid, no es él.

—Entonces tiene que ser alguna de las chicas, seguro que le han tomado el pelo como a un...

—Vale ya, joder—me pide poniéndose en pie—deja de una vez de buscar al culpable dentro de la empresa. Si te hubieses molestado en conocer a cada uno de tus empleados solo un poco, sabrías que ninguno es capaz de hacer algo así. Seamos sinceras, Ingrid, eres una jefa insoportable la mayoría de los días, pero pagas bien, no creo que nadie se juegue un puesto como este por una cantidad tan ridícula.

—¿Más de dos mil euros al mes te parece una cantidad ridícula? —pregunto con los brazos en la cintura.

—Es una mierda de dinero y tú lo sabes. Si fuese yo, solo pondría en juego mi puesto si la cantidad fuese demasiado tentadora y tuviese posibilidades de hacerlo durante tiempo sin ser pillada, ¿pero esto? Joder, no ha llegado al tercer mes y ya lo has descubierto. Quién sea que hace esto puede que sea un poco listo, pero no es nada espabilado.

—Tienes razón—concedo.

—Gracias—dice irónica con los ojos en blanco.

—Si no estuviese tan cegada con el tema no me costaría tanto resolverlo, solo tengo que mirar esto del mismo modo que lo haces tú—digo como si acabase de descubrir el camino hasta el tesoro.

—¿Cómo lo hago yo? —pregunta confusa.

—Viendo el problema como si le estuviese pasando a otra persona.

—Yo no lo veo así, para mí no eres alguien ajeno, tú me importas—confiesa dejándome petrificada.

Me acerco a ella, que parece incluso más sorprendida que yo por lo que acaba de decir y le acaricio la mejilla sonriendo antes de darle un beso.

—Tú a mí también, me importas mucho más de lo que crees y ya que sale el tema, tengo que decirte que lo de anoche cuando te pedí que dejases el otro empleo iba en serio, no soporto la idea de que juegues con otras personas, aunque te respeto y acepto que sigas, pero sería estúpido por mi parte no decírtelo.

Valeria sonríe como si mi confesión no la pillase por sorpresa y se acerca a mí.

—Tú y yo sabemos que no voy a dejar que me regales el dinero, eso no va conmigo—dice agarrando mi trasero con las dos manos.

—Y no lo haré, digamos que te promocionaré y te ayudaré a pagar tus estudios a cambio de que los termines y te quedes aquí como asesora legal, es un servicio que ahora no tenemos cubierto y que puede resultar muy útil si a alguno de mis clientes le pasa como a mí, que viene un gilipollas y lo intenta estafar.

—¿Hablas en serio? ¿Me darías ese puesto?

—Claro, has demostrado merecértelo y creo que se te da bien. Tú piénsatelo.

—De acuerdo—dice sin acabar de creérselo.

—Bien—añado dando esa conversación por terminada—si esto que ocurre aquí, le ocurriese a otro—murmuro pensando en voz alta—con la información que tenemos le diría que mirase a qué hora se hicieron esas entradas, eso es algo que también queda reflejado en el programa y que no se puede borrar.

—Muy bien dicho, jefa—asiente Valeria orgullosa—vamos allá.

De nuevo utilizamos el filtro para buscar todas esas entradas y las vamos abriendo una a una, descubriendo que todas se han hecho siempre entre las dos y las tres de la madrugada en los últimos días de cada mes.

—¿Por la noche? —se sorprende Valeria—eso no puede ser.

—Pues es fácil comprobarlo, avisa al informático, dile que venga ahora mismo.

El informático teclea sobre el ordenador durante poco más de quince minutos, ese es el tiempo que necesita para confirmarnos que la hora es real, que quién sea que hizo esas entradas a mi nombre, lo hizo colándose en el edificio

de madrugada.

—Muchas gracias, puedes irte—le digo en cuanto termina.

—Bueno, esto nos facilita las cosas—sonríe Valeria como si todo hubiese acabado.

—Pues ya me dirás cómo.

—Joder, solo tenemos que revisar la imagen de las cámaras que tienes por toda la planta—responde alzando los hombros como si fuese obvio.

—Verás, eso no es tan simple. Puede que yo sea una hija de puta, Val, pero jamás grabo a mis trabajadores, esas cámaras solo están ahí como elemento disuasorio para esas escaqueadas que os metéis de vez en cuando, pero ya ves que no es muy efectivo—digo achinando los ojos.

—Vaya, ahora sí que me has sorprendido—sonríe—bueno, en ese caso, ¿quién más sabe que las cámaras no graban?

—Solo Gabriel, y de él me fío—digo extrañamente sorprendida—puede que me parezca un hombre raro y excesivamente educado, pero no lo veo haciendo algo como esto.

—Yo tampoco, pero eso nos deja un poco perdidas salvo que contrates a un detective o vayas a la policía directamente.

—Todavía no, hemos averiguado mucho en poco tiempo, solo es cuestión de pensar. Ahora trabajemos para despejarnos y que no se nos acumulen las cosas, y si mañana no se nos ha ocurrido nada, me plantearé lo de la policía.

—Me encanta que cuentes conmigo—susurra antes de volver a su puesto.

## Capítulo 17

Al salir del trabajo he pasado a hacer la compra, jamás la hago entre semana porque estoy demasiado cansada, pero si Valeria viene otro día no quiero que encuentre los armarios vacíos.

Joder con Valeria, no recuerdo haberme sentido tan viva al lado de alguien creo que desde la adolescencia.

Después de colocarlo todo y darme una ducha rápida, me dispongo a retomar viejos hábitos y decido que es un buen momento para salir a correr un poco y comprobar en qué lamentable estado de forma me encuentro. Si lo sé no me ducho primero.

Me recojo el pelo, me pongo un pantalón de chándal y una sudadera y cuando voy a salir me encuentro con Valeria plantada en la puerta.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con el pulso tan disparado como si ya hubiese hecho ejercicio.

Ella me mira de arriba abajo con las cejas alzadas y da un paso hacia mí.

—Me acabas de poner muy cachonda vestida así.

Joder, ¿en serio le basta una frase para hacerme palpitir de desesperación?

—¿A dónde vas?

Sus ojos vuelven a recorrer mi figura con lascivia y yo suspiro tratando de contener tanta excitación.

—Iba a salir a correr un poco.

—¿Desde cuándo corres? —pregunta aguantándose la risa.

—Iba a empezar ahora—bufo fingiendo estar molesta.

—Eso tendrá que esperar.

Valeria me empuja hacia el interior y cierra la puerta.

—He recordado algo y sé cómo podemos descubrir quién te está jodiendo.

—Vaya, y yo pensando que ibas a follarme—admito decepcionada por mucho que me alegre lo que acaba de decirme.

Entre el calentón de esta mañana y el que tengo ahora, creo que voy a sufrir un ataque al corazón como no ponga remedio.

—Y te follaré—me susurra antes de morder mi cuello—pero tenemos la oportunidad de saber ahora quién es ese hijo de puta.

No sé por qué, pero saber que después por fin me saciará, me alivia un poco y me deja pensar en algo que no sea la ansiedad que hay entre mis piernas.

—Está bien, pero cumple tu palabra, por favor—le suplico.

—¿Tan mal estas? —se ríe la muy capulla.

—Ni te lo imaginas—confieso con los ojos en blanco.

—Está bien—dice a la vez que me toma y me pega de espalda a la pared.

Su mano se cuela bajo mis pantalones antes de que me dé cuenta y sus dedos se empiezan a mover con agilidad y dulzura por todo mi sexo volviéndome loca de gusto.

—Creí que habías dicho después—jadeo haciendo bailar su melena.

—Te necesito con la mente despejada, y si estás cachonda solo piensas en una cosa—susurra introduciéndose dentro de mí.

—Oh, joder, Val—jadeo a punto de correrme.

Es increíble lo poco que necesito para llegar cuando estoy con ella.

—Uno rapidito para que te relajes y luego te prometo que haremos cosas más interesantes.

Y con eso me basta, un par de frases subidas de tono y sus dedos jugando en mi interior y me corro tan rápido que hasta me mareo un poco.

Valeria me sujeta a la vez que se ríe y besa mi mejilla, mientras tanto, yo trato de recuperar la dignidad lo antes que puedo.

—Gracias, lo necesitaba—le digo todavía jadeante.

—No me las des, me encanta follarte.

—Esta mañana no lo has hecho—le reprocho.

—Te habías portado mal, y ya sabes que eso tiene consecuencias—advierde encogiendo los hombros.

—Lo sé. Bien, dime qué has recordado—le pido sujetando su mejilla para darle un beso de esos que resuenan por todas partes.

—¿Sabes la tienda de informática que hay enfrente de nuestro edificio?

—Sí.

—Ese tío tiene cámaras instaladas y una de ellas enfoca la calle.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues porque se ven, Ingrid, pero también sé que graban.

—Y eso lo sabes, ¿por qué? —pregunto arrastrando las palabras.

—Eso no importa, la cuestión es que lo sé y que podemos pedirle que nos deje ver las imágenes de la última vez, algunas de esas grabadoras guardan los vídeos de los últimos sesenta días, con que tenga de los últimos treinta, nos sirve.

—Ya, pues tu plan no va a servir porque ese tío me odia.

—¿Te odia? —se sorprende riendo.

—Sí—bufo haciendo una mueca, yo no le veo la gracia.

—¿Qué le has hecho?

Pero bueno, esto es el colmo.

—¿Cómo que qué le he hecho? ¿Por qué he tenido que ser yo? —pregunto indignada.

Valeria me mira y alza una ceja. Joder.

—Está bien, mi portátil lo compré ahí y tuvimos una pequeña discusión con el precio—reconozco poniendo los ojos en blanco.

—Ya decía yo, Miki es un buen tío. Tranquila, a mí me dejará verlas—suelta haciendo que la sangre comience a hervirme.

—¿A ti te dejará? Sabes su nombre, sabes que tiene cámaras y que estas graban, ¿qué más sabes?

—¿Otro ataque de celos, Ingrid? —pregunta chulesca.

—No. Joder, sí—me retracto—¿es uno de tus clientes?

—Tal vez...

—¿Cómo que tal vez? —ladro roja de rabia.

—No pienso desvelarte nunca quienes son, sabes de sobra que la confidencialidad es importante. Además, te prefiero con la duda, no sabes cómo me pones cuando te entran los celitos—se burla.

—Te odio—resoplo haciéndome a un lado—voy a cambiarme y nos vamos.

—Ah, no—me detiene cogiendo mi mano—vas a ir así.

—¿En chándal? ¿Estás loca?

—Loca de ganas de follarte otra vez, sí, pero te has portado mal y debo castigarte, así que irás en chándal o te quedas sin sexo el resto de la semana.

—No me lo puedo creer—reniego resoplando mientras cojo las llaves del coche.

—Así me gusta, obediente.

Me aguanto las ganas de gritarle y subimos a mi coche.

—No te pongas así—dice poniendo una mano en mi muslo cuando ya estamos en marcha—de verdad que estás muy sexi vestida así, podrías ponértelo más a menudo para mí.

—Tú podrías decirme si te has pensado lo de mi oferta—suelto suspirando.

—¿Ese puesto que me ofreces para que deje ese trabajo que te pone tan celosa? —se burla.

—Sí, ese mismo.

—Sí que lo he pensado—dice sorprendiéndome e intrigándome a la vez.

—¿Y?

—Acepto con una condición.

Ya estamos.

—¿Cuál? —pregunto mirándola de reojo.

—Si la persona que te está jodiendo no es nadie de la empresa, organizarás una pequeña reunión y te disculparás ante todos por haberte comportado como una zorra estos últimos días.

—¿Qué? —berreo indignada.

—Ya me has oído. Dentro de un rato sabremos por fin si esa persona es alguien de la empresa o no, si no lo es, te disculparás ante todos, solo si haces eso dejaré el trabajo.

—Eres...—reniego mordiéndome la lengua.

Valeria se ríe y me da una palmada en la pierna como si eso sellase nuestro trato.

Cuando entramos en la tienda, el tal Miki me observa con cierto asombro y después le dedica una enorme sonrisa a Valeria que me hace suspirar para intentar calmarme.

—Tú déjame hablar a mí, no abras la boca y todo irá bien—me susurra la muy gilipollas.

Prefiero no escucharlos, porque si lo hago lo más probable es que no me pueda contener y salte en algún momento, así que mientras ellos dos hablan, yo me paseo por la tienda tratando de adivinar para qué sirven algunos de los aparatos que hay por aquí.

—Ya está, Ingrid, vamos—me anuncia Valeria por fin.

Me acerco a ellos y Miki nos invita a que pasemos al otro lado del mostrador para seguirlo hasta la sala donde tiene instalado el módulo de grabación.

—Guarda las grabaciones de los últimos noventa días—explica mientras se sienta en una enorme silla—a veces me roban pequeñas cosas de la tienda y no las echo en falta hasta que no hago inventario, por eso mantengo las grabaciones tanto tiempo, es difícil tenerlo todo controlado.

Pues parece que Miki y yo estamos de acuerdo en algo.

—¿Qué necesitáis?

—¿La grabación del día veintinueve a partir de la una y media de la madrugada? —pregunta Valeria mirándome a mí.

Yo asiento situándome tras ella y Miki no tarda ni un minuto en encontrar lo que buscamos. A esas horas el edificio está sin vida prácticamente. Es de tres alturas, en la planta superior están nuestras oficinas, en la del medio dos pisos ocupados por dos familias adineradas a las que conocemos y en la inferior una oficina de alquiler de coches.

Durante la grabación, solo vemos pasar algún transeúnte de vez en cuando y salir a la hija mayor de uno de los vecinos acompañada por su novio.

Solo una persona desconocida entra en el bloque durante esa franja horaria y pasa casi treinta minutos en el interior antes de abandonarlo otra vez. Miki congela la imagen cuando se le ve bien la cara y Valeria se gira hacia mí.

—Tiene que ser él. ¿Te suena?

—Para nada, no recuerdo haberlo visto antes.

—Yo tampoco—dice ella.

—Pues yo sí—salta Miki—¿de verdad no sabéis quién es?

Las dos lo miramos sorprendidas con cara de interrogante.

—No sé su nombre, pero sí que es el hijo o algún familiar muy cercano de Gabriel, vuestro conserje, viene a recogerlo la mayoría de las tardes. Solo tenéis que quedaros un día hasta las ocho y podréis saber quién es.

—No me jodas—bufa sorprendida.

Me despido de Miki realmente agradecida y salimos.

Después de abandonar la tienda de informática nos metemos en mi coche y soy incapaz de arrancar porque la cabeza me hierve. No dejo de pensar en lo que he visto, ese chico con cara de palurdo que según Miki tiene que ser familiar de Gabriel.

—¿Crees que él tiene algo que ver? —le pregunto a Valeria.

—¿Quién?

—Gabriel.

—No empieces, Ingrid—me advierte—hay las mismas posibilidades de que esté implicado que de que no lo esté.

—Está bien, pero ahora, ¿qué? Solo tenemos una sospecha, que ese chico sea la única persona que no es del edificio colándose a esas horas es solo circunstancial, no puedo ir a la policía con eso. El listillo que esté haciendo esto también se podría haber colado en el edificio horas antes y esperar.

—Joder, ¿has pensado en cambiar de profesión? —se ríe Valeria.

—Que te den.

—No, en serio—dice con voz cariñosa—tienes razón, hay que demostrarlo de alguna manera y la única que se me ocurre es poner cámaras que graben de verdad. Estamos casi a final de mes, si sigue su patrón, es cuestión de días que vuelva.

—Cierto, si lo grabo colándose dentro de la oficina las imágenes serían válidas en la denuncia, después será cosa de la policía demostrar la estafa—digo sin dejar de darle vueltas.

—Podemos poner cámaras de esas que son diminutas—propone Valeria—de las que utilizan los detectives, no debe haber nada que le haga sospechar que le hemos descubierto o no volverá a aparecer por aquí.

—Exacto, y Gabriel no tiene que saberlo, si está implicado podría avisarle y entonces no tendríamos nada—añado.

—Podemos hablar con Miki antes de irnos, él podría aconsejarte lo más adecuado y dejarlo todo instalado. Una

vez hecho, solo tendremos que esperar.

De nuevo bajamos del coche y volvemos a la tienda, donde después de explicarle exactamente lo que quiero, Miki asegura que por un precio desorbitado que no le voy a regatear al muy cabrón, el sábado por la tarde me lo deja todo instalado.

—¿Te vienes a mi casa? —le pregunto a Val en cuanto subimos al coche.

—Tengo el coche allí—contesta elevando una ceja.

—Ya lo sé, te pregunto si te quedas—digo con los ojos en blanco.

—¿Quieres que me quede?

—Ya sabes que sí, Val. ¿Quieres que te suplique?

—No, pero pasa por mi casa para que coja una muda al menos.

Y así lo hago.

## Capítulo 18, tres meses más tarde

Hoy se ha tramitado por fin la orden de arresto contra Álvaro Brezo, el sobrino de Gabriel. El inspector que lleva el caso acaba de abandonar mi despacho tras anunciarme la noticia y ahora solo nos queda esperar.

Con las cámaras que el dueño de la tienda instaló, pudimos demostrar que efectivamente, el chico que aparecía en las imágenes era el mismo que aparecía también en el video que nos mostró Miki.

Antes de poner la denuncia, confirmamos quién era a través de la red social de Facebook, donde para mi sorpresa, Val encontró a Gabriel, y a través de sus amigos llegamos hasta el chico de la foto, que resultó ser su único sobrino.

—Ya sabemos quién es, con esto puedes ir a la policía y denunciar—me dijo Val.

—No voy a denunciar todavía, antes quiero saber si Gabriel está implicado.

—¿Ya estamos con eso? —resopló ella.

—No es eso, Val, si denuncio a su sobrino sin saber a ciencia cierta si Gabriel está implicado o no, me voy a ver obligada a hablar con los vecinos del bloque y exponer lo que pasa. Ellos no le concederán el beneficio de la duda y tú lo sabes, lo despedirán sin más, y con su edad, a ese hombre le va a costar mucho encontrar empleo.

—¿Quién se ha comido a la zorra de mi jefa? —preguntó irónica.

Valeria se acercó a mí sin darme opción a contestar y me besó lentamente para después masajear un poco mis nalgas, ya que la noche anterior me las había dejado ardiendo.

—¿Cómo vas a hacer lo de Gabriel? —preguntó intrigada.

—Cuando estemos llegando a final del mes que viene, le voy a decir que estoy pensando en hacer que las cámaras graben porque así podré demostrar a los inútiles de mis empleados el montón de minutos al mes que se pasan escaqueados. Sé que no es una ciencia exacta, pero dudo que Gabriel le comente semejante estupidez a su sobrino salvo que esté al tanto de lo que ocurre.

—Si el sobrino vuelve el mes que viene, significará que Gabriel no sabe nada—aplaudí Valeria.

—Exacto.

—Vale, pero ¿y si no vuelve? Eso no significará que Gabriel tenga que estar implicado necesariamente.

—No, pero yo no puedo hacer nada más, Val, si no está implicado, será la policía la que tendrá que demostrarlo, porque está claro que el gilipollas del sobrino accede al edificio con sus llaves. Mientras tanto, haremos como este mes, seguiremos dejando las facturas como están, y tú y yo nos encargaremos de modificarlas en el nuevo programa y emitirlas correctamente a nuestros clientes.

Y así fue como pasó, al mes siguiente, el sobrino gilipollas apareció para continuar con su timo y Gabriel quedó libre de toda sospecha, al menos a mis ojos.

—¿Qué te han dicho? —pregunta Valeria entrando en el despacho como un huracán tras salir el inspector.

—El departamento de delitos informáticos ya ha reunido las pruebas que necesitan para demostrar su implicación y se ha ordenado su detención. Lo acusarán de allanamiento de morada y estafa continuada.

—Como me alegro, Ingrid—dice sinceramente—¿eso significa que dejaremos de tener a policías y técnicos por aquí trasteando en los ordenadores y molestando en este despacho?

—Así es.

—Perfecto, porque no sabes cómo he tenido que reprimirme todos estos días—confiesa divertida.

En realidad, sí que lo sé, porque a pesar de tener a un técnico husmeando en el ordenador de mi despacho toda la semana, Valeria no dejaba de devorarme con la mirada hasta hacerme arder por dentro como si me estuviese tocando.

—¿Y el dinero estafado? ¿Lo vas a recuperar? —pregunta con el ceño fruncido.

—Creo que eso va a ser más difícil, lo más probable es que no le quede ni un euro de todo lo que se ha llevado, pero lo importante es que ya lo han pillado.

—Cierto.

—Bien, ahora, reúne a todo el personal—le pido suspirando con fuerza.

—¿Para qué? —pregunta la muy zorra achinando los ojos.

—Ya lo sabes. Yo voy a cumplir mi parte del trato ahora—digo clavándole mi dedo en el hombro—y espero que tú cumplas la tuya.

—Lo haré—asegura con sonrisa malvada—Dios, solo con pensar en verte pedir perdón ante todos ya me estoy poniendo cachonda—asegura pegándose a mí.

—Pues espero que lo disfrutes, porque no se repetirá—aclaro nerviosa apoyando el culo en el borde de la mesa para esperar a que los reúna a todos, pero cuando pienso que va a salir, atranca la puerta y viene hacia mí como una leona.

—¿Qué haces?

—Relajarte un poco, no quiero que te dé un ictus ni que parezca forzado, quiero que cuando salgas ahí seas sincera con todo lo que dices.

Valeria se arrodilla ante mí sin que me dé tiempo a decir nada, me sube la falda hasta la cintura, aparta mis bragas hacia un lado y empieza a devorarme con tanta maestría, que ni el teléfono sonando sin parar logra frenar el orgasmo que nace en mi interior y que se libera con varios gemidos ahogados que he aprendido a controlar desde que estoy con ella.

Porque con Valeria todo es así de espontáneo, y estoy teniendo orgasmos en lugares que jamás me hubiese imaginado.

—Ahora mucho mejor, ¿a qué sí? —pregunta entre mis piernas dedicándome una sonrisa divertida.

—Si soy sincera, me disculparé, pero también les diré que son unos escaqueados y que como sigan así se quedarán sin lote de Navidad.

—Me encanta que seas tan zorra—suelta antes de darme un potente beso en la mejilla que resuena por todo el despacho.

Después descuelga el teléfono para convocar la reunión y yo la miro con admiración, porque si no fuese por ella, me hubiese convertido en esa arpía que vagaba por aquí gritando sin motivo. Iba camino de convertirme en una persona oscura y solitaria, y gracias a ella solo veo luz, luz y ganas de disfrutar de todos esos castigos que me llevan al límite y me hacen sentir más viva cada día que paso a su lado.

FIN